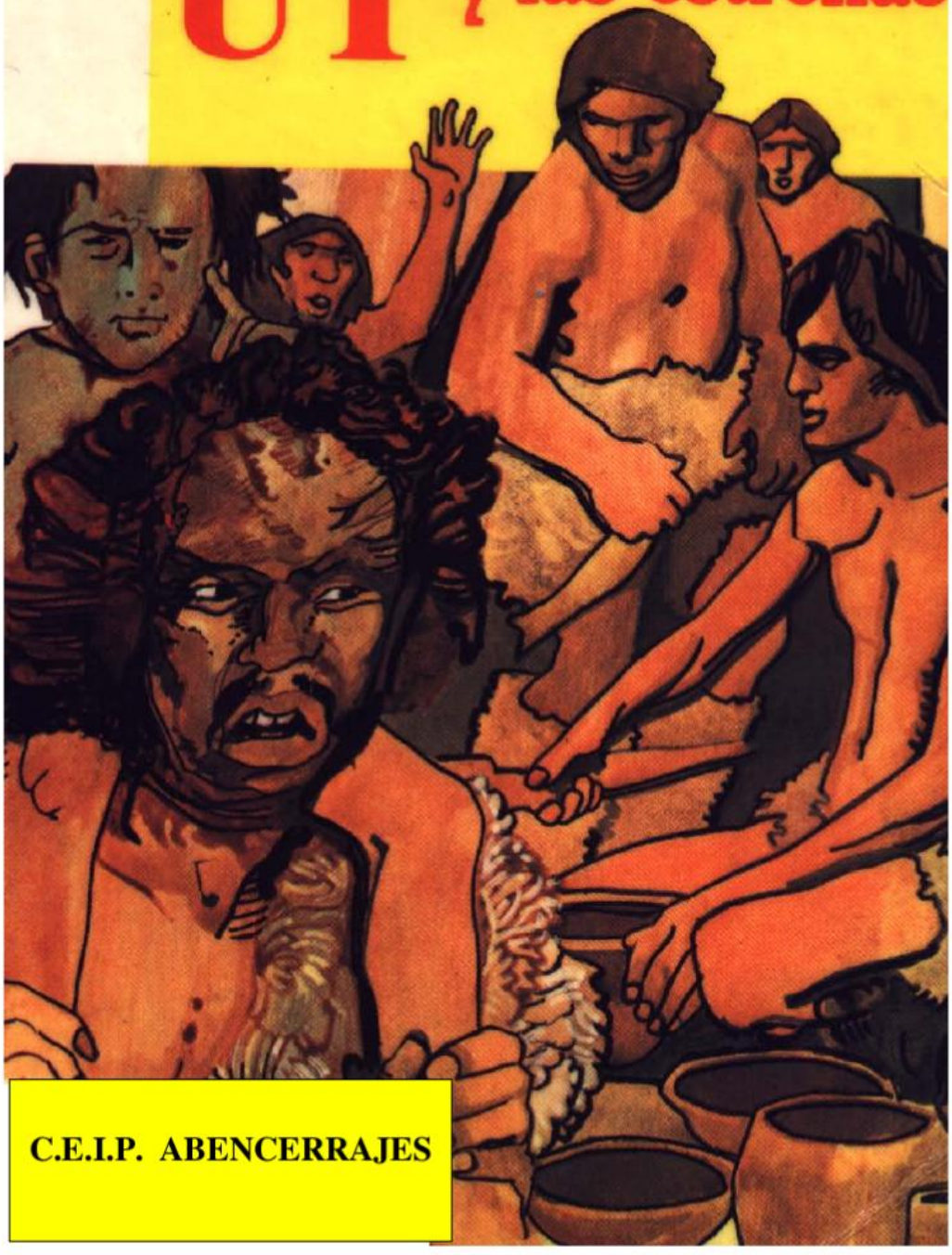
Pilar Molina Llorente

UT y las estrellas



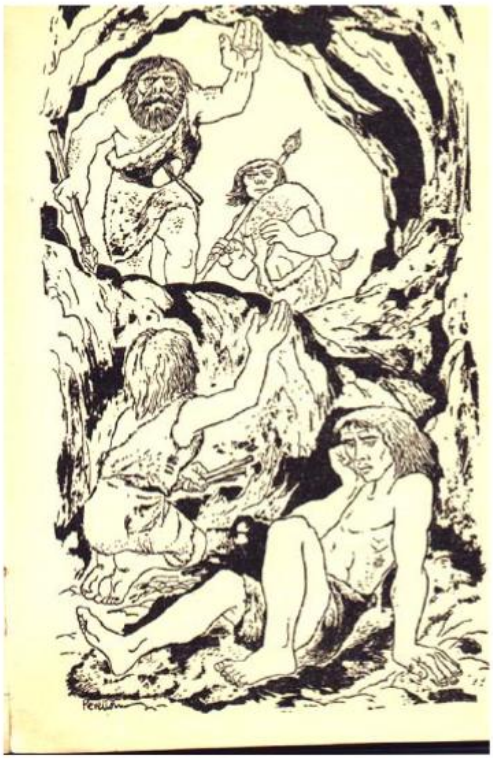
C.E.I.P. ABENCERRAJES

1. Morir o matar

El fuego se cimbreaba, caliente y duro, iluminando el techo de la caverna. La tarde estaba avanzada y el silencio pesaba sobre Ut. Su manta de piel blanca le quitaba el frío del suelo y allí, tumbado en un rincón, pensaba; Ut siempre había pensado mucho en su rincón y a nadie le extrañaba. Poco a poco se hizo de noche y el frío se volvió pesado. La madre de Ut echó al fuego algunos troncos más y se perdió entre las arcadas de la cueva.

Una sombra negra tapó la poca luz que aún entraba, y el padre y los hermanos de Ut, que volvían de cazar, se sentaron junto al fuego. Tenían aspecto cansado; los dos hermanos cargaban en sus hombros un enorme animal que tenía la piel de pelo corto y grasiento y, en el lomo, unas escamas azuladas y brillantes. El padre tiró la lanza a un lado mientras Bar y Oa, los hermanos de Ut, dejaban al animal en el suelo.

El padre levantó la cabeza, cubierta de pelo, y descubrió a Ut, que no se había movido de su manta de piel.



- Ut, ven al fuego.

Su voz de trueno se perdió en las bóvedas de la caverna, rechazada por los muros.

Ut se alzó cansadamente y cruzó sus largas piernas cerca de la hoguera; después miró a su padre.

-Toda la tribu habla de lo mismo y me miran con desprecio. Nadie puede tener más vergüenza que el que tiene un hijo vago.

Ut agachó la cabeza; su padre seguía hablando.

-Un hombre tiene que correr peligros si quiere vivir.

Su voz llenaba la caverna y salía por la abertura de entrada, asustada de su propio eco.

-Tus hermanos, Bar y Oa, han aprendido a cazar y también el manejo de las armas de guerra, pero tú sigues tumbado mientras otros trabajan para ti: esto no puede continuar. Eso es todo.

Con estas palabras y una mirada severa terminó la reunión familiar y se dispuso la cena. Ut no tenía hambre y salió fuera. Hacía frío; se arrebujó en su manta amarilla y negra y miró el cielo; las estrellas abrían y cerraban los ojos y la luna, calmada y lenta, jugaba a platear las piedras.

Ut se sentó en el suelo y pensó en las palabras de su padre. Debía hacer algo, algo útil a la tribu y a su familia, algo para ganarse el alimento. Pero Ut odiaba la guerra, de la que nunca se saca nada bueno y deja a las tribus enfermas y entristecidas, y no le gustaba cazar: todavía recordaba la primera y única cacería a la que fue con sus hermanos; aún veía delante de sí aquel hermoso animal, con la arrogancia de un rey, a quien él tenia que matar, y se sintió incapaz y bajó el arco. Fue Bar quien disparó, mientras por la tribu corría la voz de la cobardía de Ut.

Ut no volvió a ninguna cacería, y cuando su padre y sus hermanos traían a casa la carne y su madre la despedazaba sobre la piedra lisa, Ut sentía tanta repugnancia por aquellos trozos que chorreaban sangre, que muchas veces se quedaba sin comer por no paladear el sabor de la carne cruda. Pero toda la tribu comía carne y no comprendían que a Ut no le gustase.

Sintió un escalofrío y se metió en la cueva. Toda la familia estaba durmiendo. Ut comprendió que habían estado desollando y partiendo al animal, al ver la piel puesta a secar y un montón de huesos en un rincón. El fuego se apagaba poco a poco y Ut se durmió con la cabeza cargada por la fiebre de su problema.

Los primeros rayos de sol entraron en la caverna y despertaron a Ut. Su madre limpiaba las mantas; su padre y sus hermanos habían salido con la tribu de caza. La mañana, clara y fresca, invitó a Ut a pasear y se acercó hasta el lago. Los árboles y las matas estaban húmedos por las heladas.

Un pájaro grande, de alas amarillas con las puntas de colores, se posó en una rama y lanzó un grito que rebotó de cumbre en cumbre. Ut lo miró con simpatía; el pájaro se sentía solo, como él, y por eso gritaba. De pronto, una enorme piedra cortó el chillido y el hermoso pájaro se desplomó a los pies de un guerrero, que lo metió en su cueva. Era la ley, morir o matar.

Ut sentía ganas de gritar de angustia y se escondió en el bosque de pinos, gritando hasta notar que le dolía el pecho. Cuando se sintió mejor, volvió al lago y se sentó en la orilla, distraído. Casi sin mirar, comenzó a reunir la tierra húmeda en pequeños montoncitos. Cuando el sol estuvo muy alto, volvió despacio a la cueva.

Cerca de una de las cavernas hablaban dos mujeres. Al ver a Ut, una de ellas comentó:

-Mira, es Ut, el hijo de Ur-Boa.

La otra mujer le miró con repugnancia.

-Sí, es Ut, el vago.

Ut apretó los puños y contuvo su rabia. Esa era su fama y su gloria: era un vago y un cobarde porque odiaba la guerra. Su hermano Bar le había dicho muchas veces:

-Tienes que acostumbrarte; hay que matar para vivir, cazar para comer. Y Ut le había contestado, muy bajo:

-Pero la vida es hermosa; la de los animales también. Y su padre hizo retumbar la caverna:

-Si tus antepasados hubieran pensado como tú, ahora no vivirías. Ut comprendió que tenía razón, pero no podía hacer nada: amaba a los animales y a las plantas y al corazón rojizo de las rocas y al agua tranquila del lago. La vida era bella y él quería verla y vivirla todos los días sin matar ni destruir.

A veces se quedaba mirando algo en el cielo o en las cumbres, y no oía cuando le hablaban. Por la tribu corrió la voz de que el espíritu mágico de la locura vivía en él. Desde entonces, todos se separaban dc Ut con aprensión.

La tribu ya había vuelto de cazar y la voz de su padre sacudió la cabeza de Ut y le hizo volver a la realidad.

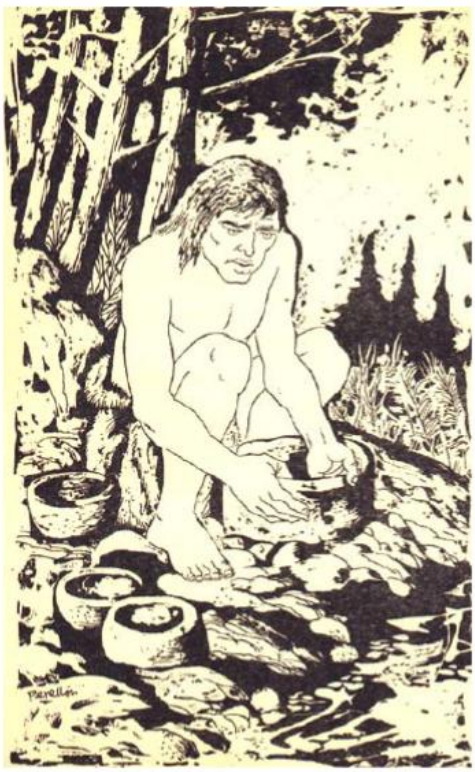
-Ut, siéntate a comer.

Se sentó con sus hermanos, pero comió poco y se tumbó en su rincón.

2. El alfarero del lago

Algunos días después, cuando Ut volvió a pasear por el lago, vio que los montoncitos de arena húmeda se habían secado y estaban duros como piedras. Pensó que tal vez pudiera sacar utilidad al barro si le daba forma y lo dejaba secar. Con la arcilla del lago modeló una vasija plana, con la idea de recoger agua, y la dejó al sol.

Cuando Ut volvió a los cuatro días, la vasija estaba dura y podía contener el agua sin deshacerse. Se sentó en el suelo y modeló algunos cacharros más perfectos cada vez; luego llevó el vaso que estaba seco a su madre.



La madre de Ut se quedó asombrada de ver el buen uso que podía hacerle la vasija: podía tener agua en casa sin necesidad de ir al lago cada vez que la necesitase. Dando gritos de alegría, salió corriendo de la cueva y enseñó el cacharro a todas sus amigas. Las mujeres del poblado se interesaron por el vaso y todas quisieron vaso para ellas, con lo que la madre de Ut volvió orgullosa y satisfecha a casa.

Muchas veces volvió Ut al lago y siguió haciendo vasos y cazuelas que luego adornaba con cuerdas trenzadas y piedrecitas de colores. A cambio de las vasijas, las mujeres de la tribu daban pieles, armas y otros objetos útiles.

Ur-Boa no volvió a regañar a su hijo, pero nadie le consideraba guerrero. Poco a poco, la fama de Ut fue creciendo y no sólo en su tribu, sino también en otras más lejanas, se hablaba de su habilidad con el barro y de su cara extraña de mirada clara. Era Ut, el preferido del dios de la locura y la maldad, el enviado de Cao.

Y siguió trabajando en barro y objetos de madera piedra para encender el fuego. En sus ratos libres tallaba con sus punzones, en la madera blanda, rostros figuras que hacían que la tribu le mirara con temor.

Una tarde, cuando el viento comenzaba a ser frío, un mensaje anunció la visita del jefe de la tribu a la cueva de Ur-Boa. Toda la familia trabajó mucho para limpiar en lo posible la caverna y preparar un mullido asiento de pieles al cacique. Los nervios estaban en tensión y los hermanos se preguntaban los motivos que movían a Taba, jefe supremo de su pueblo, a pisar la caverna de Ur-Boa y su familia.

A la caída del sol, cuando el fuego era aún joven y los picos de las montañas se tiñeron de rosa, el jefe entró por la estrecha puerta de la cueva.

Ur-Boa y sus hijos se levantaron con respeto y sólo se sentaron cuando Taba ocupó su puesto frente a la hoguera.

Ut le observó con curiosidad; nunca había visto un jefe tan de cerca; su cara era desagradable, de ojos muy juntos y casi cerrados, y su pelo, espeso y enmarañado, se unía con la barba, que se movía al compás de sus mandíbulas mientras comía.

Cuando terminaron de cenar, Taba, que no había pronunciado una palabra, habló mirando hacia delante y con la cabeza muy alta:

-Ur-Boa, tú eres un gran guerrero y el espíritu de dios del bien, está contigo; tu valor y tu arte para cazar han sido comentados en muchas asambleas; tu nombre es querido por todos. Pero tu hijo Ut no es un guerrero ni un cazador; el dios de la locura se apoderó de él.

Ut sintió calor en la cara y la mirada atenta de sus hermanos; deseaba correr al bosque de pinos, pero el jefe seguía hablando y hasta las paredes de la cueva estaban atentas a sus labios.

-Hasta mí ha llegado la fama de los cacharros y útiles que fabrica y también he visto trozos de troncos de árbol en los que había hombres y mujeres que él la creado. Y yo, Taba, quiero que tu hijo Ut talle en unos troncos a los dioses Zil y Cao; luego los pondremos en la caverna mágica de los dioses y Zil descargará sobre nosotros sus favores y Cao no se enfadará ni lanzará su ira contra nuestro poblado. Espero que tu hijo no obre según su costumbre, sino que se de cuenta de la importancia del trabajo que le he encomendado.

Nadie más habló. El jefe salió de la cueva y durante un rato Ur-Boa intentó hacer entender a su hijo la responsabilidad de su nuevo encargo.

3. Dioses de madera

Era de mañana y a Ut le esperaban en la asamblea para ir después a la cueva de los dioses. Se preparó de todo: un rollo de mantas, cuchillos y punzones, un arco y flechas v una hermosa lanza que su padre se empeñó en que llevara pensando en los peligros de las cumbres. Su madre se acercó con algo de carne.

-Toma, hijo; llévate esa carne para el viaje.

Ut vio el trozo de carne roja y sangrante y sintió asco.

-No, déjalo; no puedo comer eso.

Se arregló su traje de piel sobre el cuerpo, se despidió de sus padres y hermanos y salió.

Fuera, el poblado entero se había reunido en el terreno de las asambleas. Era una extensión de tierra amarilla, plana y sin sombra, en cuyo centro se alzaba una lanza enorme de piedra adornada en la punta por la cabellera de un león, que era el símbolo de la tribu.

Los hombres que presidían una familia estaban sentados con sus trajes de piel negra; algo más atrás, los jóvenes de mirada fiera, y en un apretado grupo las mujeres y los niños miraban con curiosidad la ceremonia. Ut se paró sin saber qué hacer; miró la lanza. Taba no había salido aún. La cabellera del león se agitaba al viento como si quisiera escapar. Tras un momento, la tosca voz de Taba ordenó:

-Acércate.

Ut penetró en el círculo y aguantó sobre sí las miradas hostiles de los guerreros.

Las palabras del jefe cayeron en sus oídos como las piedras en el agua del lago.

- Ut, hijo de Ur-Boa, yo, Taba, y la reunión de jefes de este poblado habíamos decidido

sacrificarte, ya que sólo gastos y preocupaciones nos has dado, pero el dios Cao puso en ti la magia de su maligno poder y ahora sabes hacer vasos y útiles que nos son necesarios. No vales para la guerra ni para la caza, pero mientras sigas fabricando cacharros, vivirás.

Hizo una pausa en la que nadie se atrevió a moverse. El jefe se volvió ahora hacia la asamblea.

-Yo, Taba, os digo que si el dios Zil y el Dios Cao moran en la caverna de los dioses, nada le faltará a nuestra tribu y la riqueza y la paz vivirán con nosotros.

Un coro de aullidos aprobó las palabras del jefe. Taba continuó:

-He mandado a Ut para que forme en la madera con su mágico poder, a los dioses, y luego los subirá al templo.

Un nuevo griterío dio su conformidad con entusiasmo y la comitiva se puso en marcha. Primero iba Taba, con su aire imperial y su gesto hosco; detrás de él, Ut, con su paquete de punzones y cuchillos: luego seguían los hombres de la asamblea y los jóvenes.

Subieron por la falda de la montaña, llena de pequeñas matas.

Ut estaba nervioso y el camino se le hizo eterno.

En la mitad de la montaña había una pequeña plaza natural, plana, bordeada de piedra gris y cubierta de musgo amarillo.

Taba se detuvo y Ut miró hacia arriba.

En la cumbre, la boca negra y amplia de una cueva le señaló que estaba ante la caverna sagrada, la cueva en donde viven los dioses de la tribu.

El jefe le señaló en un lado de la plaza a dos enormes troncos.

-Aquí te dejamos, Ut. Aquí trabajarás, y cuando los dioses estén terminados, los subirás a la cueva sagrada y los pondrás a los lados de la entrada.

El eco repitió la última palabra.

-Nosotros, los guerreros, no podemos llegar hasta la cueva, pero a ti nada te pasará; Cao te tiene de la mano.

Y la comitiva bajó por la ladera hacia el valle.

Cuando se quedó solo, Ut miró a su alrededor. El lago brillaba muy pequeño y el bosque de pinos era una mancha verde entre las rocas. Las bocas de las cuevas del poblado parecían ojos de moscas.

Ut respiró; se encontraba agusto. Su trabajo era difícil, pero le compensaba el poder vivir allí, solo y tranquilo, por algún tiempo.

Miró a la cumbre. La entrada de la cueva de los dioses le daba algo de miedo y se volvió de espaldas. Luego se sentó en el suelo y. se puso a pensar cómo podría hacer unos dioses en aquellos troncos.

Se acercó a los troncos y los tocó. Eran de madera corriente, como la de los pinos del bosque, tosca y negra; nada hacía parecer que se tratase de dioses, pero Ut tenía que hacerlos. No podía comprenderlo.

Desalentado, volvió a sentarse. El había esperado encontrar unos dioses a los que tenía que hacer un rostro con sus punzones, no hallarse ante dos palos negros y duros.

Estaba oscureciendo y Ut sacó las mantas y se acostó. Pasó toda la noche pensando en la forma de crear dioses; serían unos dioses a los que el pueblo entero adoraría, pero no existían, eran de madera, sin poder, sin bondad y sin maldad; no podían bendecir ni maldecir; eran de madera y la madera no tiene poder. Y la tribu esperaba que él los convirtiera en dioses. Por lo menos tenía que intentarlo. Y, dándole vueltas en la cabeza, se durmió.

Durante todo el día siguiente trabajó en rebajar la madera, y cuando la luna plateó la plataforma, Ut se arrebujó en sus mantas de piel y pasó otra noche.

A la mañana se levantó con hambre y salió a cazar con su arco y la afilada lanza de su padre. Rodeó la montaña; detrás había un pequeño charco de agua limpia y fresca; a los lados crecían árboles dorados.

Ut vio a un ciervo bebiendo. Era un hermoso ejemplar, de mirada viva y figura elegante; su cuerpo era perfecto y en su cabeza tenía dos cuernos tan altos que cuando se alzaba se enganchaban con las ramas más bajas de los árboles.

Y Ut bajó su arco; no podía matar a un animal tan bello, aunque tenía que comer. El ciervo comía hierbas que crecían cerca del charco; él también podía hacerlo. Bajó y recogió algunas matas de las que comía el animal y volvió a la plataforma de la montaña. Al principio notó un sabor raro, pero luego, día a día, se fue acostumbrando.

Muchas veces vio Ut el sol y la luna y muchas veces se arropó tiritando en sus mantas de piel, y poco a poco los troncos tuvieron un rostro y un cuerpo cubierto por un manto, y Ut seguía comiendo hierbas y fruta y bebía agua de una pequeña catarata que bajaba dando saltos de pico en pico y que anunciaba que aún había nieve en las cumbres más altas.

Y siguió trabajando y el traje de los dioses y sus cabellos se adornaron con hendiduras del punzón más fino y, por fin, aquella noche, Ut dio por terminado su trabajo.

Se sentó en el suelo, comió la verdura que había hervido en uno de los cacharros de barro y se tumbó en la manta.

El fuego ponía luces y sombras en las caras de los dioses, pero Ut comprobó que no le daban miedo. Levantó la cabeza y miró el templo; la luna había teñido las rocas y su aspecto era fantástico. Ut se preguntó qué habría allí. Nadie había subido desde que sus más antiguos antepasados pusieron en la cueva a los dioses. Por la mañana lo sabría; tenía que subir al templo los dos troncos. Y el sueño le venció.

4. El templo de la montaña

Cuando nació el día, y antes de que el sol diera color a las cosas, Ut arrastró como pudo una de las estatuas y la subió, apoyándola en todos los salientes de las rocas y ayudándose de cuerdas que había hecho de pelo trenzado y cuero. Después subió la otra y se sentó a descansar delante de la entrada del templo. Miró hacia dentro. La luz se filtraba por las rendijas del techo de la caverna y la iluminaba de luz azul; era una galería ancha en la que se abrían las bocas de otras cuevas más pequeñas.

Ut sintió un escalofrío. Sin duda se trataba de los templos del resto de los dioses: el de las rocas, el de las nieves invernales y muchos otros a quienes había temido y respetado desde niño.

Se levantó y entró en la galería lleno de curiosidad, sintiendo el frío del miedo que le recorría la espalda. Aunque Taba le había asegurado que nada le ocurriría porque Cao le tenía de su mano, Ut no sentía ninguna protección de aquel trozo de madera a la que él había puesto una cara y una figura.

Entró en la primera de las pequeñas cuevas con cuidado; era oscura y sólo por una grieta del techo entraba un poco de luz que dejaba ver el interior. Tardó un poco en acostumbrar sus ojos a la oscuridad y luego miró a su alrededor. Las paredes estaban blancas de humedad y en el suelo había una piel de oso estropeada y desgastada por el tiempo; en un trozo de madera estaba escrito el signo del dios de las nieves. Ut comprendió que la nieve que sus antepasados colocaron en la piel de oso se había deshecho. Allí no había nada del dios de las nieves invernales.

Recorrió las otras cuevas.

Una piedra que se rompía si la golpeaba o unas cenizas pálidas de lo que fue un fuego, era todo lo que quedaba de los grandes dioses, cosas muertas, como las que él había tallado en los troncos.

Salió fuera y miró sus estatuas. El dios Zil, con su cara de bueno, cubierto con un manto y con los ojos entornados, tenía en realidad la cara de un perfecto tonto. El dios Cao era horrendo, sus ojos eran mayores que sus manos, que sujetaban un rayo, signo de su ira, y sus dientes afilados parecían desear comerse a alguien.

Se acercó y los tocó; eran de madera, en nada habían cambiado desde que él los hizo, y Ut se sintió superior a ellos y muy superior también al montón de cosas viejas de la cueva. Y un dios no puede ser menos que un hombre inútil como Ut.

Y, de pronto, rompió a reír; tantas veces como había rezado a aquellos dioses, y no eran más que pedazos de algo que ya no servía. Sus risas saltaron de roca en roca y del techo al suelo; retumbaron las bóvedas y una pequeña parte de la pared de la galería se derrumbó, dejando al descubierto otra entrada.

Ut se metió por ella; no tenía miedo de semejantes dioses. La caverna que se había abierto en el muro era ancha y muy iluminada; sus paredes eran rocosas y entre ellas había grietas que dejaban pasar la luz. En el techo y en el suelo tenía chupones de cristal azules y verdes.

Ut se quedó parado en la entrada; se sentía como en un sueño. Repasó en su memoria la lista de los ídolos de su tribu; todos tenían una de aquellas oscuras celdas que se abrían a la galería. La nueva cueva no tenía dueño y la tomó para él.

Encendió fuego y se sentó a comer en su cueva azul, blanca y verde, de paredes de rocas brillantes como estrellas. Luego, lentamente, recogió sus cosas y bajó al valle.

La luna estaba pálida cuando Ut llegó a la caverna de su familia. Sus hermanos le abrazaron y le preguntaron por su trabajo; su madre, cariñosa y con su acento apagado, se interesó por él. Ut contestó a todos con amabilidad y se sentó con ellos.

Cuando despertó, estaba avanzada la mañana. Se levantó y se puso en camino hacia la cueva de Taba. A su paso, los niños corrían a esconderse detrás de sus madres y los jóvenes le seguían con la mirada. Nunca le había parecido el camino tan largo ni tan hostil, pero al fin llegó y, parándose en la entrada, gritó:

-Taba, aquí está Ut, el hijo de Ur-Boa.

Pasó un rato. La gente del poblado se había acercado un poco. Ut repitió su llamada, ahora más fuerte. El jefe apareció en la estrecha boca de su cueva. Con voz grave y molesta ordenó :

-Habla.

-Cumplí tus órdenes y espero que sea a tu satisfacción.

-El dios Cao te protegió -declaró Taba con un gesto de asco, y añadió sin mirarle-: Apártate de mí. Esta noche iremos a rezar a la plaza y veremos a los dioses.

Ut dio media vuelta y volvió a casa, mientras iba pensando que tal vez la tribu se diera cuenta de que los dioses del templo no eran nada más que de madera.

Se tumbó en su rincón y se puso a pensar.

El agua y los árboles, los animales y los hombres, tenían que haber sido creados por un ser grande y fuerte, no por una roca ni por el fuego, ni tampoco por un dios del bien que no podía mover un solo dedo sin que otro dios del mal pudiera evitarlo. Y Cao, un dios, no se divierte en destruir lo que él mismo ha creado. No podía ser; todo era un engaño.

El cansancio dominó su mente y durmió de un tirón hasta el mediodía.

Un rayo de sol entró en la cueva y le despertó. Aquél debía de ser el dios, pues ningún hombre podía destruirlo; era la vida de la tierra, nada podía con él y el camino dorado de sus rayos era algo nuevo que no cabía en la mente de Ut.

Se levantó y se arregló un poco. Su familia ya estaba preparada para ir a rezar a los dioses.

Cuando la tarde estaba casi muerta, salió de nuevo la comitiva hacia la plaza. Las mujeres llevaban antorchas que iluminaban la montaña. Al poco llegaron a la plataforma y miraron hacia arriba. Las estatuas de los dioses, iluminadas por el brillo de las antorchas, que jugaban a las luces y las sombras, sus manos cuadradas y sus rostros, intrascendente el de Zil y horrendo el de Cao, impresionaron a la tribu de forma que todos cayeron en la tierra amarilla de la montaña y comenzaron a rezar aterrorizados entre los aullidos del brujo y el sonoro repicar de los tambores de troncos huecos.

Ut permanecía de pie; vio las cabezas agachadas que temblaban como si las moviera el viento; el miedo se había metido en sus cuerpos, el miedo de unos dioses de madera.

La escena le pareció muy cómica y muy ridícula y comenzó a reír, a reír a carcajadas que llenaron el valle. Subió corriendo a la cumbre, mientras su risa asustaba a los animales. Golpeó a los dioses con sus puños fuertes y jóvenes y seguía riendo. Los tambores callaron y el brujo, lleno de asombro, se quedó quieto. El terror se apoderó de la gente del poblado. Taba alzó los brazos y con palabras de trueno dijo:

-El espíritu de la locura reina en él.

Y el pueblo lo coreó.

La madre de Ut lloraba llena de pena y su padre y sus hermanos sintieron vergüenza. Ut bajó corriendo y gritando del templo y se escondió en el bosque de pinos que rodeaba el lago. Tumbado en el suelo, procuró serenarse; debía poner en orden sus ideas y evitar que aquella escena nerviosa volviera a suceder. Si el dios poderoso era el sol, a él pediría ayuda. Le buscó en el cielo, pero el cielo ya no era azul ni luminoso, sino negro y miles de estrellas guiñaban su luz.

Ut se sintió engañado de nuevo. Un díos verdadero no es vencido por nada, ni por la noche.

La hilera de antorchas bajaba otra vez al valle, arrastrándose como un gusano de luz.

Tenía que haber un dios que se ocupa de mil mínimos detalles. Las antorchas no se apagaban, ni el lago se secaba, ni los árboles se derrumbaban sin vida. Sí, tenía que haber un ser como el viento, transparente y extendido hasta el más lejano horizonte, creador de toda la belleza que le rodeaba y de aquellas estrellas que parecían querer hablarle, contarle un secreto que sólo ellas conocían.

Era tarde. Ut durmió en el suelo, junto a la arcilla con que fabricaba sus cacharros.

5. La elegida de Bar

El sol brillaba cuando el piar de los pájaros despertó a Ut. Se desperezó y miró el cielo. Ahora era azul, muy limpio, y sobre él contrastaba la nieve de los picos altos. Sintió un escalofrío. Saludó con la mano al aire, a su nuevo y maravilloso dios, y volvió a casa.

El ambiente era tirante; sus hermanos no le hablaban y su padre le despreciaba sin disimulos. Ut se sentó en su rincón y pasó toda la mañana decorando vasijas y curtiendo pieles.

Después de comer, la tribu salió de caza y Ut se dirigió a la caverna de los dioses. Subió por la falda de la montaña y cruzó la entrada.

Atravesó las galerías y llegó a su cueva azul. Respiró. Allí no había recelos, ni nadie le miraba con asco; todo era paz y era suyo. Nadie se atrevería a subir a la caverna sagrada arriesgándose a recibir la maldición de los dioses de madera. Podía disfrutar, lejos de la tribu, de lo que siempre le había gustado: la paz.

Los chupones de cristal hacían luces en !as paredes y por las rendijas se metía el sol. Una de las rendijas era grande y Ut miró por ella. Se veía el otro lado del valle, con campos verdes cargados de árboles salvajes. Los caballos y los bisontes corrían ajenos a su mirada y el esbelto cuerpo de un reno, con sus cuernos grandes y enramados, como si el viento los mandase, oteaba el valle con sus ojos vivos y siempre alerta. La hermosa figura de un caballo se recortó en negro sobre el fondo de fuego del sol.

Cogió sus punzones y lo grabó en la pared rocosa de la cueva.

Estaba anocheciendo, pero Ut se sentía incapaz de soportar por un minuto más el desprecio de su familia y decidió quedarse allí toda la noche. Encendió fuego y se arrebujó junto a él. No tenía sueño y fijó sus ojos en las paredes de la caverna, que se iluminaban con las llamas, formando luces rojizas y sombras fantásticas que, en la imaginación de Ut, se iban convirtiendo en caballos, bisontes, pájaros de alas extendidas, escenas de caza y hasta rostros conocidos que luego se evaporaban en las sombras.

Se levantó y grabó algunos, los que veía más claros. Y cuando la luna se despidió del valle con su última luz de plata, Ut se durmió.

El frío le despertó, se abrigó bien y bajó al poblado. Al entrar en la cueva, nadie alzo la vista, pero Ut pudo darse cuenta de que algo importante ocurría.

Ur-Boa y sus hijos estaban sentados en círculo junto a la hoguera, en los lugares correspondientes de la asamblea familiar. La madre había dejado sus trabajos y se había acercado un poco. Ut pasó de largo a su rincón, pero nadie pareció darse cuenta. Desde el día de su ataque de nervios en el templo, no tenía sitio en la reunión familiar. Recostado allí sobre su piel de oso, podía escuchar lo que su familia trataba. Bar hablaba con decisión.

-Sí, padre; no quiero a otra mujer, sólo Mila será mi esposa.

Ur-Boa, con sus ojos de aguda mirada, traspasaba los de su hijo mayor. Con voz oscura dijo:

-Mila es la hija del jefe supremo de la tribu que vive pasado el lago. Hace tiempo estuvimos en guerra, pero ahora la paz se ha posado sobre nuestros pueblos y espero que tu decisión no sea causa de disgustos ni peleas.

Bar estaba muy seguro de sí.

-Dime, padre, qué debo hacer?

-Taba tiene que saberlo.

Y con esta frase, que quedó colgada de las bóvedas, Ur-Boa y sus hijos salieron hacia el terreno de las reuniones.

La madre de Ut pasó su peine de hueso por su melena y corrió a formar parte del grupo de espectadores que se acercaban llenos de curiosidad para ver qué querían, del jefe, Ur-Boa y su familia.

Ut dio un rodeo y se acurrucó en unas matas; desde allí podía ver la escena sin que los otros jóvenes le escupieran o le volvieran la espalda. Ur-Boa llamó a grandes voces a Taba.

Los niños más pequeños de la tribu, que siempre corrían y jugaban allí cerca, se asustaron y fueron a refugiarse junto a sus madres.

A los gritos de Ur-Boa, Taba salió de su cueva con la cabeza muy alta y se sentó delante de la lanza en donde estaba resignada la cabellera dorada del león, símbolo de la tribu.

Detrás, en círculo, se sentaron los ancianos, de barbas blancas y rostros curtidos y arrugados, que por su edad y demostrada experiencia habían recibido el título de jueces. Luego estaban los guerreros, de alta figura, con grandes músculos que parecía iban a romper la piel. Y por últimos los jóvenes, que ya habían ganado sus armas, mostraban orgullosos su lanza cuidada.

Ut no había ganado armas en ninguna lucha, ni había cazado el bisonte que daba derecho a entrar en la asamblea y a opinar en los asuntos importantes de la tribu.

Detrás de los jóvenes, en pie, se agolpaban las mujeres, de largas melenas negras, con sus hijos atados a su cuerpo o colgados de sus manos.

Ut miró a su padre. Tenía el rostro feroz como el de un jabalí herido y tenso como un arco de caza. Bar estaba erguido, pero Ut, que le conocía bien, sabía que su expresión segura ocultaba la preocupación que verdaderamente sentía. A Oa, mezclado entre los jóvenes que no tenían armas por su edad, le brillaban los ojos y miraba a su alrededor, seguro de su importancia.

Solemnemente, Taba hizo una señal. Ur-Boa se acercó y dijo:

-Taba, vengo a decirte algo que debes saber antes de que yo tome una decisión.

Taba, con los ojos entornados, alzó el brazo y ordenó con voz hueca:

-Habla.

-Mi hijo Bar quiere tomar esposa y la elegida es Mila, la princesa de la tribu del Luza.

El silencio había descendido sobre la asamblea. Taba miró a Ur-Boa con desprecio y se puso en pie. Su tono era áspero.

-Ur-Boa, tú eres un gran guerrero y tu hijo también; sois respetados en la tribu v vuestros nombres son dignos de confianza por vuestras hazañas. -El jefe hizo una pausa para sentir el interés con que todos le escuchaban.- Por eso sé que tú sabrás obrar de la forma más conveniente a la tribu y a tu familia.

Y añadió con la cara vuelta al templo sagrado:

-Que el dios Zil te guíe.

Ur-Boa dio media vuelta satisfecho del buen nombre de que gozaba entre su pueblo y, seguido de sus dos hijos, volvió a su casa.

Ut había llegado antes que ellos y seguía en su rincón.

La familia cenó en silencio. Sólo antes de acostarse, Ur-Boa dijo:

-En cuanto el sol aparezca de nuevo por las cumbres, partiremos.

Y Ur-Boa y su mujer se acostaron mientras Bar preparaba lo necesario para el viaje. Oa le ayudaba con chispas en los ojos y preguntaba:

-Bar, ¿por qué no puedo ir con vosotros?

Bar le miraba con cariño:

-Querido Oa: Aún no has ganado tus armas de guerra ni has cazado un bisonte. Cuando esto suceda y tengas una bella lanza afilada y un escudo de piedra gris que despida destellos y tu fama de cazador corra de boca en boca por todas las tribus, y hasta los animales te teman con sólo oír tu nombre, irás a todas las expediciones que quieras y nadie te lo podrá prohibir, pero ahora eres muy joven y no puedes venir con nosotros.

Oa agachó la cabeza, triste pero ilusionado por las palabras de Bar, a quien veía como un ejemplo de valor.

Los dos hermanos seguían preparando el montón de pieles que llevarían al jefe del Luza como presente. El paquete parecía tener vida propia y todas las veces que lo envolvieron se desató. Ut salió de su mutismo y se acercó a sus hermanos.

-Dejadme, yo lo ataré.

Con unos trozos de cuero trenzó en un momento una cuerda con la que ató el bulto. Bar miraba admirado la agilidad de los dedos de Ut, que parecían no tocar lo que hacían. La felicidad que sentía no admitía desprecios ni rencores, y poniendo una mano en el hombro de Ut, dijo:

-Querido hermano: Eres fuerte y ágil; yo puedo enseñarte a cazar y a manejar las armas, así cesará la maldición que pesa sobre ti. Yo sé que Cao no te tiene en su poder, porque tú eres bueno y no tienes la ira de los enviados de Cao.

-No puedo.

Su voz sonó débil; notaba que las lágrimas le abrasaban la garganta y un nudo en el corazón. Hubiera querido aumentar en lo posible la felicidad de su hermano, pero no podía matar.

Ahora comía casi siempre hierbas cocidas que la tribu miraba con repugnancia, y sólo comía carne si la veía en trozos partidos y sonrosados que luego pasaba por el fuego para quitarle el sabor a sangre. Si antes de comer veía al animal muerto y vencido, no podía comer su carne.

Bar suspiró.

-No te entiendo.

Y Ut salió corriendo hacia el templo de cristal: tenía necesidad de ver las estrellas desde la rendija de la cueva.

6. Muerte de Ur-Boa

Ut ayudó a su madre durante los días en que su padre y Bar estuvieron fuera, y por las noches no subía al templo, para así poder cuidar de su familia y protegerla de cualquier peligro que se pudiera presentar. Nada ocurrió. Pero una tarde...

Una tarde, cuando Ut estaba sentado fuera de la caverna con sus vasijas de arcilla, vio una figura confusa que se acercaba por el camino del lago. Se levantó.

La figura se veía ahora mejor y un momento después, Bar, con el rostro amoratado por la fiebre y el cuerpo cubierto de heridas, entraba por la puerta de la cueva. Llevaba cargado a la espalda el cuerpo de su padre.

-Lo han matado.

Las palabras no querían salir de sus labios hinchados. Dejó el cuerpo en el suelo y se apoyó en el muro.

Oa entró en aquel momento. Traía dos aves azules y una ancha sonrisa, que se borró al ver la escena. Dio un tremendo alarido que hizo estremecer las rocas, soltó la caza y se abalanzó sobre Bar. Le cogió de los hombros y le sacudió, fuera de sí, mientras exigía a gritos una explicación.

Bar apenas podía abrir los ojos y se desplomó en el suelo sin sentido. Ut se arrodilló junto a él, lavó con agua las heridas, le acostó en las mejores pieles y lo cuidó durante más de un mes.

Taba, el jefe, se encargó del entierro de Ur-Boa en su tumba de tres piedras grises y frías, y también de las honras frente al templo de los dioses.

Oa, fuerte y altivo, con los ojos rojos de ira, presidía, a pesar de su poca edad, todas estas ceremonias. Detrás, su madre, acompañada de sus hermanas y amigas.

La tribu pensó que Ut era un cobarde hasta para ocupar su sitio en el entierro de su padre. Pero Ut seguía callado, sin haber dicho una palabra desde la tarde en que vio llegar a su hermano con más muerte que vida dentro de su cuerpo fuerte. Y seguía junto a él.

Sentía la muerte dc su padre; había un vacío muy grande en toda la cueva. Ur-Boa llenaba el aire con su presencia y daba confianza ver su mirada segura en todas las ocasiones, por muy peligrosas que fueran; pero ya no estaría más, ni su voz de trueno haría rodar piedrecitas por los muros, ni su fuerte brazo levantaría rocas como si tomase una piel de conejo. Nadie, sólo Bar, sabía lo que había pasado en el Luza.

Ut miró por la entrada. La falda de la montaña brillaba iluminada de antorchas y las voces que daban al aire sus gritos más lastimeros, se repetían, mezclando sus sonidos en lo hondo del valle.

Sobre el fondo rojizo, sin estrellas, de la luna, amoratada de frío, se recortaba la silueta patética de las tres piedras grises que abrigaban el cuerpo de su padre. En la superficie de la montaña, en la hierba lisa del valle, en los pinos y en el reflejo del lago, Ut veía, con su fiebre de dolor, cabezas de titanes y manos grandes y rojas con reflejos de luna enferma. Hacía frío y los alientos de la procesión se acercaban.

Todo había pasado ya. En la mañana volvería a brillar el sol indiferente.

Oa entró en la cueva sin ver la entrada. Su madre se metió en un rincón oscuro.

Y la noche pasó lenta, más lenta que nunca, Ut junto a su hermano mayor, atento a sus movimientos inconscientes, y Oa sentado en la puerta, sin despegar los ojos, fríos y secos, dc las piedras grises.

Todos esperaban y la luz volvió a brillar. Y Bar abrió los ojos y miró a su alrededor. Oa se acercó nervioso, conteniendo a duras penas y con esfuerzo sus impulsos.

-Bar, ¿qué pasó en el Luza?

Bar intentó levantarse sobre sus codos. Todo le daba vueltas; sus hermanos eran sombras que bailaban como llamas en el contraluz de la hoguera, y su cabeza volvió a caer sobre las mantas de piel, sin sentido. Así pasaron siete días más.

Toda la tribu pasó por la cueva de Ur-Boa para ver al valiente guerrero herido. Miraban con desconfianza la serenidad de Ut. Su madre los atendía con indiferencia. Y todos comentaban el rostro de Oa, con la expresión de un díos herido. Sus ojos no se apartaban de las tres piedras grises y tenía la lanza de su padre en la mano.

7. El relato de Bar

Una tarde, cuando ya la sombra era espesa v las aves dormían, Bar abrió los ojos de nuevo y Ut le ayudó a sentarse.

-Acércame un poco de agua, por favor.

Bar hablaba muy bajo; sus labios resecos apenas dejaban salir las palabras.

Oa se levantó rápido y volvió con un vaso de arcilla que Ut había fabricado para el agua. El herido bebió con ansia y antes de que terminase de saciar su sed, Oa preguntó:

-Bar, por favor, ¿qué pasó en el Luza?

Bar miró a su hermano pequeño, casi no le veía.

-Fue terrible.

Hizo una pausa y se recostó en el muro.

-Al principio, nuestra paz fue respetada y los feroces guerreros del Luza nos llevaron ante su jefe.

Bar bebió de nuevo.

-Es un hombre muy raro, que no comprende nada y que gruñe como un oso. Ya está muy anciano y nos recibió en su propia cueva, que es larga y oscura como una tormenta de invierno. Nos hizo sentar junto a la fogata, enfrente de él y de su hijo Fel, que es un joven guerrero muy orgulloso y por el que ven los ojos y siente el corazón del jefe Luza.

Ut tendió a su hermano el vaso del agua y Bar le agradeció con la mirada.

-Nuestra conversación transcurrió bien, hasta que nuestro querido padre le dijo al jefe el motivo de nuestra visita. Se puso rojo como el fuego y sus ojos se hincharon tanto que parecía que se le iban a caer. Con profundo desprecio dijo:

-¿Quién es tu hijo para pedir como esposa a hermosa Mila?

-Nuestro padre se alzó en el centro de la caverna; parecía un gigante furioso y con su voz de trueno le contestó:

-Yo soy Ur-Boa y en mi tribu estoy considerado como uno de los guerreros más fuertes y valientes. Mi hijo Bar sabe cazar y luchar y ganó sus armas en un peligroso combate; es honrado y está muy sano.

-Pero el cacique respondió con ironía, arrastrando las palabras:

-¿Nada más?

-¿Qué más ha de ser un hombre para casarse con tu hija? ¿Qué pretendes, que el buen dios Zil pida a tu hija para esposa?

-Las palabras que nuestro padre le escupió a la cara le llenaron de cólera y cerró los puños con tanta fuerza que su piel arrugada brillaba como la de un niño. Alzó la cabeza y con tono solemne, conteniendo su rabia, dijo:

-Mi hija Mila se casará con un jefe de tribu, como le corresponde.

-Yo, que hasta entonces había estado callado, me adelanté un paso y miré fijos los ojos del jefe, cubiertos por sus cejas blancas. Sentí un escalofrío, pero le hablé:

-Tal vez Mila sepa a quién quiere por esposo.

-El jefe Luza me miró con asco, como si fuera una serpiente, y noté que deseaba aplastarme.

-En nuestra tribu, las mujeres quieren lo que quieren sus padres.

-De un rincón de la cueva larga del jefe salió Mila, se acercó a su padre con su andar dulce y me miró con sus ojos negros llenos de chispitas de ilusión. Su voz nos asombró a todos:

-Yo amo al valiente Bar.

-Sentí que el corazón me daba un salto. El cacique alzó su mano de hierro y la descargó sobre Mila.

La voz de Bar era entrecortada.

-No pude más y me lancé contra él, pero ya nuestro padre se había adelantado y recibió la primera lanzada, que le mató. Me eché sobre el jefe lleno de rabia, con el cuchillo en la mano, pero su hijo Fel me apartó con su lanza y un momento después toda la cueva estaba llena de guerreros. Yo no sabía a quién atender ni de quién defenderme. Recibí muchas heridas. Mila, con un poco de agua, apagó el fuego, y mientras los hombres intentaban orientarse en la oscuridad, ella me enseñó otra salida. Recogí el cuerpo de nuestro padre y me vine para el poblado. Casi no veía por dónde pisaba.

Bar terminó su relato. Se recostó de nuevo en las pieles y cerró los ojos con cansancio.

Oa estaba pálido de ira y murmuró entre dientes:

-Mataré al jefe Luza, aunque para ello pierda la vida. Bar se alzó como impulsado por un resorte:

-No, Oa, eres muy joven; te matarán. No vayas.

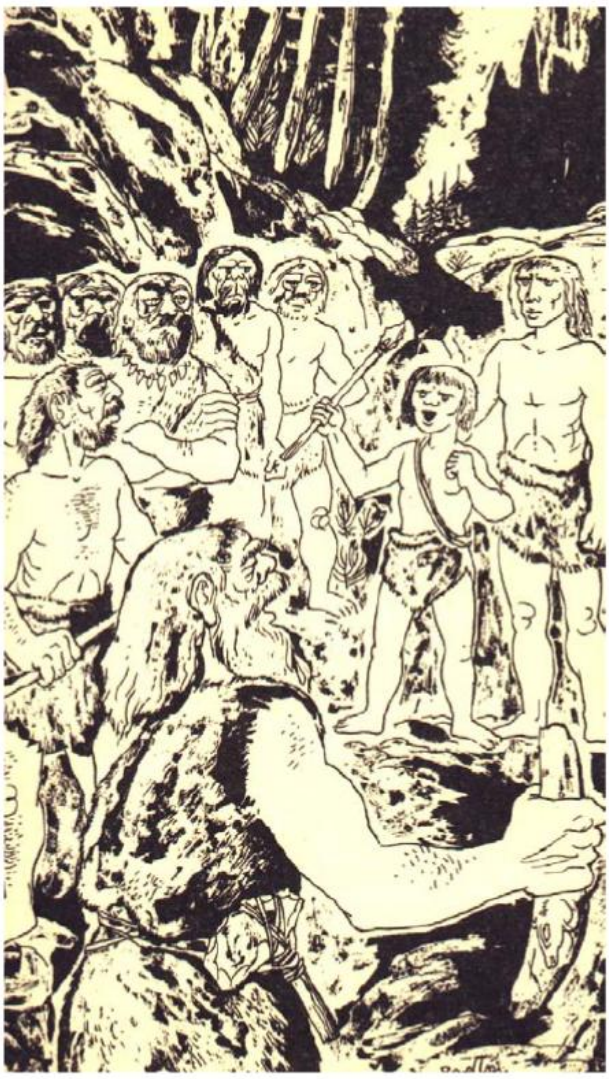
Cayó en las pieles, agotado. De un rincón en el fondo salían los sollozos, entrecortados de pequeños aullidos, de su madre.

Oa se alzó del suelo y sin oír a nadie cogió una lanza y un cuchillo y salió, atropellando todo a su paso. Bar se esforzaba en abrir los ojos.

-Ut, no le dejes solo.

Y Ut salió de la cueva y siguió el camino por donde Oa había desaparecido. Caminó mucho sin verle. Oa iba tan ciego en su ira que había corrido como no lo había hecho nunca.

8. La audacia de Oa



Cerca de los juncos, en el estanque, Ut le alcanzó:

-Oa, vuelve. Tú nada podrás hacer.

La mirada del joven le traspasó.

-No te he pedido que vengas. Ya sé que ésta no es mi obligación y que soy joven para ir a matar a un jefe experimentado como el Luza. Sus palabras eran de fuego. Y prosiguió:

-Vengar a un padre es el deber de un hijo. Yo tengo dos hermanos; uno está cubierto de heridas gloriosas y el otro es de tal clase que sería mejor no tenerle para no avergonzarme de él.

Ut sintió dolor dentro del pecho, pero no dijo nada. Ayudó a Oa a preparar el tronco hueco que les transportaría a través del lago y, sin decir una palabra, subió con él.

El camino fue largo, primero por el lago y después por la tierra llena de piedras y de bosques. Antes de llegar a la tribu del Luza, empezaron a ver mujeres que curtían las pieles al sol, fuera de sus cavernas, y a los niños que jugaban con palos. Oa se plantó en el centro de una plaza rodeada de bocas negras de cuevas oscuras, y gritó:

-Quiero ver al jefe Luza.

De una de las cavernas salió una figura alta; su pelo y sus barbas eran blancos como la piel que cubría su cuerpo. Detrás de él, un guerrero fuerte y joven, su hijo Fel.

La voz del jefe sonó grave:

-¿Quién me llama?

-Yo soy Oa, el hijo de Ur-Boa.

-¿Quién es Ur-Boa?

-El hombre a quien tú mataste.

La voz de Oa temblaba de rabia.

El jefe seguía sin acordarse y mirando al frente con indiferencia dijo:

-No puedo acordarme de todos los hombres que han caído bajo mi lanza.

Su hijo le explicó:

-Ur-Boa era el guerrero de la tribu del valle que vino a pedir a Mila para esposa de su orgulloso hijo.

El jefe Luza asintió con la cabeza y miró a los dos hermanos como se mira a un gracioso conejo. Con una sonrisa en sus labios arrugados preguntó:

-¿Y el otro joven guerrero?

-Es mi hermano Ut.

-¿Qué queréis del jefe Luza?

Oa tenía la cabeza alta:

-Vengar a mi padre.

El jefe le miraba con curiosidad.

-Y, ¿cómo lo harás?

Oa se sentía en ridículo. Toda la tribu del Luza estaba reunida alrededor de ellos y en algunas caras había una sonrisa divertida. La rabia hizo ronca su voz:

-Matándote.

Las carcajadas del jefe asustaron a los pájaros, que fueron a posarse en otra rama más tranquila.

-Y vienen a matarme un joven desarmado y un niño rabioso.

La tribu rompió en grandes risas, divertida por el enfado del joven.

El jefe consideró que ya estaba bien de broma y levantando su pesada mano señaló hacia el lago:

-Vete por donde has venido; no acostumbro a pelear con niños. Tu hermano quedará prisionero por haberse atrevido a desafiarme sin armas, lo cual me humilla.

Oa escupió en el suelo. La tribu seguía riendo.

-Te arrepentirás de ofenderme y ten cuidado con Ut; el dios Cao le protege.

Todos miraron a Ut y un murmullo temeroso e incrédulo corrió por entre los curiosos. Las palabras del jefe se alzaron por encima:

-Eso no me asusta.

Oa estaba quieto y aturdido; tenía la cara encarnada.

La paciencia del jefe Luza se terminó y gritó:

-¡Vamos, vete ya!

Oa dio media vuelta y volvió por el camino hacia el lago.

9. Huida de Mila

Oa se había quedado paralizado de asombro cuando Mila se le acercó. Su voz era como el canto de los pájaros:

-Eres tan valiente como tu hermano Bar, aunque eres muy joven. Pero yo confío en ti. Quiero pedirte un favor.

-Cuenta conmigo para todo lo que quieras.

Mila sonrió.

-Gracias.

Y luego, muy de prisa, como si tuviera miedo de que las palabras se deshicieran en su boca:

-Oa, llévame a tu pueblo; yo quiero a Bar.

La ilusión de la aventura se apoderó del joven y no pensó en las consecuencias. Preparó el tronco hueco en el que había ido con Ut, ayudó a Mila a subir en él y la abrigó con las mantas. Luego empujó con fuerza la embarcación y alimentó el impulso con los aleteos de los remos.

La noche descubrió a Oa remando. Tenía frío; todas las mantas cubrían a Mila, que dormía confiada, y se sintió orgulloso y contento de que alguien confiara en él. Y siguió remando durante toda la noche y la mañana siguiente.

Por la tarde, cuando la sombra de los árboles se hizo larga dos veces su tamaño, entraron en la cueva. La madre de Oa alzó la cabeza y corrió a besar a su hijo.

Bar, con la cara pálida y los brazos llenos de cicatrices aún frescas, miró a su hermano más joven y con voz vacilante preguntó.

-Oa, ¿qué es esto? ¿Por qué traes a Mila?

-Ella quiso venir. Quiere ser tu esposa.

Mila intervino en favor del joven.

-Es cierto y me ha cuidado muy bien. Es todo un guerrero.

Bar posó su mano dolorida sobre el hombro de su hermano y muy bajo dijo:

-Gracias por tu valor. Me siento orgulloso de ti.

La madre salió con Mila para llevarla a la cueva de una de sus parientes, en donde se prepararía para la ceremonia y esperaría a que Bar estuviera recuperado del todo.

Cuando los dos hermanos se quedaron solos, Bar preguntó:

-¿Y Ut? Nuestra madre no ha dicho nada pero su cara se apenó al no verle entrar tras de ti.

Oa agachó la cabeza: sentía vergüenza de su impotencia.

-El jefe del Luza se ofendió por el reto de un guerrero sin armas y lo tiene prisionero. A mí me mandó salir de su pueblo. Dijo que no lucharía con niños.

Bar estaba asustado.

-Cuando sepan que Mila vino contigo, matarán a Ut y nada podremos hacer nosotros solos, y la tribu no hará nada por él.

Oa estaba más tranquilo.

-Cao le protegerá como lo ha hecho hasta ahora.

Los dos hermanos callaron. Su madre entró de nuevo y sin una mirada se escondió en la oscuridad de la caverna. Oa adivinó que lloraría sola para que nadie la viese derramar lágrimas por un cobarde.

Bar, con los ojos clavados en el fuego que se alzaba rebelde, pensaba.

10. Fel, el hijo del Luza

La tarde estaba muriendo cuando Ut notó agitación en la tribu del Luza. Se encontraba atado a un grueso palo. A su alrededor hablaban las mujeres y los jóvenes, y hasta los niños más pequeños sabían que algo grave había ocurrido.

Ut pronto se enteró. Mila se había ido con Oa, seguramente para casarse con Bar, y pensó que tal vez ahora se vengarían matándole. Era lo más lógico.

Miró hacia la cumbre de la montaña sagrada. La silueta de su querido templo azul., que desde allí se veía por la entrada pequeña, era negra como una sombra magnífica. Le pareció que le llamaban sus figuras desde lo alto. Cerró los ojos; tenía miedo y estaba solo. Nadie en su casa ni en su tribu movería un solo dedo por salvar la vida inútil de un cobarde. Abrió los párpados con trabajo, como si sus pensamientos pesasen sobre su cabeza. Había anochecido y todo estaba oscuro. El valle le miraba amenazador y las estrellas saludaron a Ut con sus guiños. La luna, grande y anaranjada, estaba curioseando detrás del monte y la silueta de los titanes de madera se dibujaba con todo detalle.

Cao seguía quieto en el silencio de su madera negra y vieja, y nada había hecho; sólo podía confiar en su nuevo dios, su soplo de aire que sólo sentía él. Ya no tenía miedo; la noche era su amiga y conocía todos sus pensamientos.

Vio a Fel que se acercaba con su altiva figura. Le desató y dijo:

-Ven a la cueva. Pronto empezará a helar y si eres hechicero de Cao merece la pena conservar tu vida.

Ut se sintió ofendido y con su tono agradable pero con orgullo respondió:

-No soy hechicero de Cao ni de nadie.

-Vaya, si sabes hablar.

Le llevó dentro y le señaló unas pieles cerca del fuego.

-Duerme ahí; yo te vigilaré, aunque no creo que intentes escapar; hace frío y los animales de las montañas merodean por el valle.

Fel se sentó junto a él y le miró con curiosidad.

-¿Por qué no llevas armas?

-Porque no me hacen falta.

-¿No cazas?

-No.

Fel estaba confuso.

-¿Por qué no cazas? Ya tienes edad para tener armas y también para matar bisontes.

Ut apretó los puños; otra vez la obsesión de su vida; todo el mundo le preguntaba lo mismo.

-Creo que no se debe matar.

Fel se irguió desconfiado.

-¡Mientes! Venías a matar a mi padre.

Su tono era fuerte, pero Ut no se alteró.

-No. vine a evitar que le matase mi hermano Oa o que le matasen a él.

Fel cada vez comprendía menos.

-Ur-Boa, ¿no era tu padre?

Ut le miró.

-Sí.

-¿Y no quieres vengarte?

-No.

La mirada serena de Ut y su tono amable confundían a Fel, que no paraba de hacer preguntas esperando comprender algo.

-¿Por qué?

-Matar a tu padre no devolverá la vida al mío.

-Pero es el deber de un guerrero, vengar a su padre.

-No creo en esas ideas.

El hijo del jefe del Luza le miró fijamente.

-¡Qué raro eres!

Pasó un rato en silencio. Ut había cerrado los ojos, sumergido en sus pensamientos. Fel miraba el fuego. De pronto hizo otra pregunta:

-Si no cazas, ¿qué comes?

Ut, sin mirarle y un poco fastidiado por sus preguntas, le contestó:

-Hierbas cocidas.

Fel dio un salto.

-¿Hierbas cocidas? Como los animales. Y ¿nunca comes carne?

-Sí, si no veo al animal muerto antes.

El frío era fuerte y Ut se abrigó con la manta. Fel miró sus armas de piedra blanca, llenas de historias que contaban con sus destellos mil emocionantes narraciones de guerra.

-¿No tienes armas?

-No.

-Ni cazas ni eres guerrero. ¿Qué haces?

-Vasijas de barro.

-¡Vasijas de barro! -repitió Fel a punto de volverse loco-. ¿Qué es eso?

Ut explicó detenidamente al hijo del Luza el procedimiento de fabricación de sus famosos vasos y su utilidad. Luego le habló de la mejor manera de decorarlos con pinturas o hendiduras circulares que representaban el sol o la luna, y con grandes ondas las que habían de contener agua.

Fel escuchaba atento, como si estuviese hablando con un mago que le descubriese sus más íntimos trucos.

Después le habló de las armas pulidas con piedra y del aparato de encender fuego.

Fel quería detalles de todo y le pidió que le enseñase por la mañana a hacer algún cacharro de arcilla. Ut prometió que lo haría y los dos quedaron en silencio. Un momento después, Ut dijo casi para si:

-¿Qué pasará ahora, después de lo de Mila?

-Mi padre, el gran jefe, decidirá.

No hablaron más y el sueño les arrebató sus ideas.

Fuera seguía helando.

11. Días de invierno

Por la mañana el sol no tuvo fuerza para deshacer el hielo y todo el valle quedó como un espejo. Todo estaba cubierto de hielo y de las ramas de los árboles aún colgaban lágrimas heladas.

El jefe Luza envolvió su escaso cuerpo en una manta negra y salió. El viento frío corría perseguido por las nubes. La voz potente del jefe se elevó por encima de su manta y llamó a uno de sus guerreros :

-¡Noi!

Un hombre fuerte se acercó. El jefe miró el valle a través de sus ojos entornados y dijo:

-Ellos tienen a mi hija Mila y pagarán por ello. Tú, mi valiente guerrero, irás recorriendo el valle y buscarás el camino más fácil para el paso de mi tribu hacia el otro lado del lago. Cuando lo encuentres, vuelve.

El guerrero asintió con la cabeza, se cubrió bien y salió.

El jefe entró en la cueva. Ut estaba sentado con la vista perdida entre las cumbres nevadas que se descubrían por el agujero de entrada, y Fel afilaba su cuchillo con golpes rítmicos.

-Hace mucho frío y está empezando a nevar.

Volvió la cabeza y miró a Ut con furia.

-Debe morir.

Fel dejó su trabajo y contestó:

-Es hechicero de Cao, padre, y tiene un extraño poder.

El jefe le estudió como si fuese una mercancía y se volvió con desprecio.

-Servirá de rehén.

Y se perdió en la oscuridad de la caverna.

El ambiente gris se había colado dentro sin que nadie le diese permiso y se extendió.

-Hoy -dijo Ut- no podré enseñarte a fabricar vasos de arcilla; no hay sol que los seque. Pero te enseñaré a hacer otras cosas.

Trenzó cuerdas con tiras de cuero y talló en la blanda corteza de los troncos, que había dentro de la cueva para alimentar el fuego, figuras y rostros y animales en movimiento. Fel estaba absorto en el ágil ir y venir de las manos de Ut. Intentó él hacer algo de lo que había visto, pero los punzones se le escapaban con miedo.

Después le enseñó a agujerear las pequeñas cuentecitas de piedra que ya había hecho antes para meter un cordón de cuero por ellas y formar un collar u otro adorno.

Y cuando Fel se acostó, tapado con sus pieles cerca de la hoguera, pensó que tenía muchas cosas útiles que aprender.

Durante algunos días todo siguió igual. El frío era cada vez más fuerte. El jefe Luza esperaba con impaciencia mal contenida la llegada del guerrero que mandó a inspeccionar el camino hasta la tribu de

Taba. Pero Noi, el valiente guerrero, no llegaba. Una tarde cuando el jefe, tapado hasta los ojos, salió de la caverna para ver llegar a los hombres, que volvían de cazar con las manos vacías y los ojos llenos de fracasos, vio que dos de ellos se acercaban y esperaban la señal para empezar a hablar. El jefe Luza alzó la mano más alta que su cabeza y rápidamente la volvió a meter en la manta, y uno de los hombres tomó la palabra:

-Jefe, todo está helado; las montañas son blancas y duras y el río corre por las laderas como una lengua de piedra.

Su aliento se convirtió en una columna de humo que se quedó paralizada de frío. Continuó:

-No hay caza. Los animales están cobijados en sus cuevas y el lago es un témpano duro de hielo; de la montaña bajan piedras enormes que resbalan con la nieve y caen al lago rompiendo el hielo, y los trozos salpican en todas las direcciones.

Todos los guerreros se habían acercado y escuchaban con los ojos muy abiertos. La voz del hombre era trémula:

-Noi debió de morir de frío, o alguna piedra lo alcanzó. Es imposible estar más de un día fuera sin morir helado. Los guerreros lanzaron aullidos que aprobaban las palabras de su vecino. El jefe se volvió contrariado y sin decir nada entró en su cueva; miró a Fel con severidad y dijo:

-No se puede hacer nada hasta que pase el invierno. Cerró los puños y sus ojos brillaron como dos chispas negras. Con palabras que salían de sus labios como empujadas por su ira, dijo:

-Pero cuando el sol vuelva verdes nuestros campos, la tribu de Taba pagará cara su ofensa. Fel intervino:

-Padre, es posible que Mila se fuera con el joven Oa por su voluntad.

-¡No!-gritó con furia-. Ese asqueroso mochuelo se la llevó para hacer su primera hazaña: pero lo pagará. -Se volvió a Ut-. Y tú seguirás aquí hasta que Mila vuelva. Fel te vigilará: nada te pasará. Pero, escúchalo bien: no quiero vagos.

Ut pensó que hasta allí había llegado su fama, la fama que ganó entre su tribu, y recordó a su familia. Bar ya estaría curado del todo y se habría casado con la hermosa princesa, hermana de Fel, e iría con Oa a cazar entre los picos nevados las más sabrosas piezas con su portentosa facilidad, y ellos sabían dónde encontrarlas por muy escondidas que estuvieran. Su madre, con su andar pausado, estaría ilusionada con su hija y pocas veces recordaría a su vago y amable Ut. Ni las aves del lago ni las piedras se acordarían de él, con el problema de sobrevivir.

El aire helado se había apoderado de la cueva y apagaba el fuego. El jefe, con mal humor, estaba harto de encenderlo una y otra vez.

Ut se levantó de su sitio y sin decir una palabra cogió uno de sus más fuertes punzones y señaló cuatro huecos en la pared, a los lados de la entrada, sin calarlos del todo. Después clavó en el muro una piel con cuñas de madera que metió por los agujeros del muro. El fuego respiró aliviado.

Fuera, el viento aulló enfadado y golpeó con fuerza la improvisada puerta de piel. El jefe le miraba con asombro e interés y Ut se sintió molesto. Fel repetía:

-Sí, eres un genio extraño.

Estuvieron sin hablar hasta que el fuego se llenó de pena. Comieron algo de carne que quedaba de otro día y, como no podían hacer otra cosa, se acostaron para apagar en lo posible el hambre.

12. Cacería

Habían pasado más días grises y fríos en los que nadie pudo salir a cazar. La nieve había cuajado hasta en las entradas de las cuevas. El jefe del Luza se paseaba inquieto, dándose puñetazos en las manos.

-Este año nadie quedará; todos moriremos de hambre y de frío.

Ut se levantó y se asomó a la entrada levantando la cortina de piel, que todas las cuevas habían copiado. Todo era silencio. El suave crujir de la nieve que caía de las ramas era la única música del ambiente; la arena ya no reía cargada de niños y las aves habían huido persiguiendo al sol.

Fel, que veía a su padre ir y venir por la caverna, se levantó decidido:

-Voy a probar mi suerte.

Su padre se paró en seco.

-¿Qué vas a hacer?

-Voy a cazar.

El jefe consideró el peligro que un guerrero correría, solo en el valle helado, y después de un rato dijo con un tono que no admitía réplica:

-Ut, ve con él.

Y se volvió de espaldas, como era su costumbre.

A Ut no le asombraban ya las órdenes tajantes del jefe Luza y siguió a Fel, que le llevó hacia dentro de la cueva. Alumbró con una antorcha. En un rincón estrecho, entre dos muros ahumados, esperaban las pieles de oso con cabeza que servían para cazar cuando el frío helaba hasta la cabellera del guerrero. Ut se puso la suya y cogió un arco: estaba decidido a probar de nuevo si era capaz de cazar. Luego sostuvo la antorcha para que Fel pudiera ponerse su piel.

Salieron de la cueva y Fel miró al Norte y luego al Sur. Todo era blanco como la barba del jefe. El hijo del cacique observó:

-Hacia el Sur hay más hierba bajo el hielo; es más lógico que acudan los animales a rebuscar con sus patas.

Ut le siguió sin hablar, metido de lleno en sus pensamientos.

Caminaron mucho por lugares que Fel conocía y que sabía propios para la caza. Pasaron cerca del lago. Todo estaba cristalizado y las hojas verdes y amarillas que habían quedado en el agua eran ahora dibujos hechos de soplos de nieve. Fel tiró de él.

-Vamos, Ut; si te quedas parado, te helarás.

Siguieron bordeando la montaña, pero todo era igual: no había animales. Fel no se daba por vencido.

-En algún sitio tienen que estar.

Sudaron al correr para no quedarse fríos y se protegieron en una peña de larga barba de musgo blanco. Fel se secó la frente y miró a su alrededor. Casi dio un salto. Debajo de un saliente en una roca

había algunos renos. Ut los miró. Estaban asustados y se apretaban unos contra otros para darse calor.

Fel preparó su arco con cuidado, dispuesto a no fallar, pero Ut le agarró de un brazo.

-No, no mates ninguno; tienen frío y hambre.

El hijo del jefe levantó la cabeza y le miró con desprecio:

-Sí, tienen hambre y frío, como mi tribu.

Ut no dijo nada más y miró al valle. Notó cerca de sí el silbido cortante de las flechas y los gritos jubilosos de Fel.

Cuando Ut se reunió con su compañero, éste llevaba sobre la espalda dos renos de buen peso. Ut le ayudó a cargarlos y volvieron en silencio a la cueva.

El jefe Luza no podía controlar las chispas de alegría y orgullo que le salían por los ojos. Puso una de sus manos en el hombro de su hijo y con voz rebosante le ordenó:

-Reparte esa carne, que con tanto valor has cazado, entre los más necesitados de mi tribu.

Miró al techo, de negras y puntiagudas rocas, y alzó los brazos mientras decía con tono solemne:

-Todos los guerreros de la tribu sabrán así que el hijo del jefe, el último de los del Luza, es tan valiente como sus antepasados y arriesga la vida por ganar alimento para su pueblo. Fel salió de la caverna con una ancha sonrisa que demostraba su satisfacción. Ut le siguió para ayudarle en su trabajo.

Recorrieron las cuevas del poblado y, en todas ellas, las mujeres besaban agradecidas las manos de Fel y los guerreros y padres de familias le ofrecían a los dioses. Detrás, en los rincones, los niños miraban con sus ojos redondos y muy abiertos la carne fresca, que chorreaba sangre al partirla, y oían sin comprender los elogios y las palabras de agradecimiento que sus familiares dedicaban al joven hijo del jefe.

Fel volvía impresionado.

-Y tú no querías que los matase. ¿No ves cuánta hambre tiene mi tribu?

Ut miró el camino lleno de nieve y no respondió. La ley del más fuerte seguía siendo la reina y los hombres comían la carne de los animales que habían sido más débiles que ellos, y los propios animales, los más fuertes, también habían adoptado esa norma de vivir más fácil y cómoda.

Todos los días, Ut acompañó a Fel a cazar, aunque sólo el joven jefe disparaba sus flechas. A veces le miraba y le invitaba a tirar un blanco seguro, pero Ut nunca aceptó. Fel sabía que no era por miedo, aunque no podía comprender sus escrúpulos. Y no volvió a insistir.

13. La muerte del monstruo

Una mañana bordearon la montaña más abajo, en busca de otro lugar más frecuentado por los bisontes y los renos. Caminaron mucho y sólo al final de la hilera de rocas, frente a ellos, vieron algo que llamó su atención. Era una cueva con la entrada enorme, como si en ella viviera un oso gigante, pero las huellas que había marcadas en la nieve no eran de oso, eran de otro animal que por el tamaño de sus patas sería como cinco osos de los más grandes.

Fel tiró de Ut, que se había quedado quieto, admirando el enorme tamaño de todo lo que se veía en la caverna.

-Vamos, Ut, este animal es peligroso.

-¿Qué animal es?

-Hace algún tiempo, cuando nuestros abuelos eran niños y sobre las montañas y el valle no caía la nieve nunca, estos animales vivieron aquí.

Son muy grandes y su piel es oscura como la arena de las montañas, su cabeza es pequeña, mucho más que la de un ciervo, pero su cola es dura como un tronco y se mueve como por fuerza mágica.

-¿Cómo sabes todo eso de un animal que no has visto nunca?

-Mi abuelo me habló de ello en las noches de los inviernos duros en que los ríos de la montaña se multiplicaron y bajaron rápidos, sepultando en el hielo todo lo que estorbaba su paso.

Salieron de la fila de rocas y volvieron al camino por la colina.

Fel aún no había cazado nada y bajó a la parte más llana donde estaban los renos cobijados. Ut se quedó arriba para no ver el desagradable espectáculo. Se apoyó en la pared rocosa y esperó con la mirada perdida en el horizonte.

De pronto, algo nubló la luz y Ut miró al frente. Era un animal verdaderamente repugnante; tenía la cabeza y las patas delanteras muy pequeñas y una cola que se movía barriendo la nieve. Era enorme y, al parecer, tenía hambre.

Ut pensó que venía por los renos y miró hacia abajo. Fel estaba distraído en su tarea y no se daba cuenta de la presencia del animal. Los renos se espantaron y corrieron buscando un lugar donde esconderse. Entonces Fel alzó la cabeza y vio frente a él, muy cerca, al animal con el que tantas veces había soñado de niño. Se quedó paralizado, sin saber qué hacer, pero el animal ya le había visto. Fel le vio acercarse, pero no podía moverse; ni siquiera le salía la voz de la garganta.

Ut no sabía qué hacer; las armas las tenía Fel y estaba como de piedra. Esto le dio una idea y se agachó, cogió una piedra de buen filo y, sin apuntar, con la misma facilidad con que trenzaba sus cuerdas, la lanzó contra el gigante. Fue como si la cabeza del animal tuviera imán; la piedra cruzó el aire y se incrustó entre los ojos de la bestia, que cayó hacia atrás. Todo el valle retumbó con su peso.

Ut bajó de un salto y sacudió a Fel con fuerza. El joven guerrero no podía apartar la vista del monstruo. La voz dc Ut, cariñosa y dulce, le hizo volver a la realidad.

-Vamos, Fel, ya ha pasado todo.

-Te debo la vida. No lo olvidaré.

-No me debes nada; tú lo hubieras hecho mejor por mí.

-No, Ut, no lo hubiera hecho; mi abuelo hizo que ese animal fuese una verdadera obsesión para mí; creo que es a lo único que tengo miedo. Me da vergüenza temer a un animal al que puedo con mis armas, pero es como si las pesadillas de las noches frías de mi niñez, entre el aullido de los lobos y los lamentos de mi madre y de mi abuela, revivieran de pronto.

-Todos hemos tenido miedo alguna vez, Fel. No creo que sea para avergonzarse el que algo nos produzca un escalofrío por la espalda; nadie puede evitar sentirlo y si lo niega es un mentiroso y creo que es peor.

-Tienes razón. Hablas pocas veces, pero cuando lo haces dices cosas sabias que ningún guerrero dijo jamás. Ut miró al suelo y Fel se disculpó.

-Perdona, Ut, no fue mi intención molestarte. Ya sé que no eres guerrero ni tienes armas ganadas en combate, pero esta aventura te hará famoso en todas las tribus y yo te haré guerrero delante de todo mi pueblo que te aclamará.

-No quiero ser guerrero; sólo quiero fabricar cacharros y ver de noche las estrellas sabiendo que al día siguiente no tendré que levantarme con el sol para salir de caza o preparar las armas del combate.

Fel murmuró muy bajo:

-Quisiera comprenderte.

Recogieron sus armas y caminaron hacia el pueblo. La tribu dcl Luza, con su jefe a la cabeza, les esperaba en la plaza de las reuniones. Todos habían visto caer al animal y aguardaban la vuelta de los cazadores.

Cuando entraron en el círculo, la gente comenzó a gritar loca de alegría. El jefe se acercó a ellos y abrazó a su hijo:

-Hijo, las palabras no aciertan a salir de mis labios, pues están prisioneras de la emoción. Eres muy valiente y tu hazaña se contará de generación en generación.

Calló un momento y trazó un círculo en el aire con su mano arrugada. Fel intentó hablar, pero su padre se lo impidió con un gesto mientras decía:

-Hijo, no digas nada, no quieras disculpar tu maravillosa fuerza y tu admirable valor. Has salvado a la tribu de morir, pues con tanta carne nada nos faltará en lo que queda de invierno. Fel alzó la voz lo más que pudo:

-Yo no he matado a este animal, ni es mía la gloria ni el honor, padre.

Los guerreros esperaban con impaciencia que el hijo de su gran cacique terminase de hablar. Las mujeres y los niños se alzaban sobre sus talones para ver mejor el rostro altivo, pálido como la nieve que traía en su ropa.

-Ha sido Ut, el prisionero, quien ha dado muerte a ese monstruo y además salvó mi vida al hacerlo.

Se hizo un profundo silencio y hasta el viento dejó de soplar, alarmado por la tensión.

Como en otras ocasiones, Ut sintió sobre sí las miradas de todos, que le estudiaban como si no le hubiesen visto antes.

El jefe estaba contrariado, pero era justo y se acercó a él.

-Te agradezco mucho tu noble generosidad; ya veo que eres un buen muchacho. Cuando tenga a mi hija Mila, te daré la libertad y te dejaré vivir. Mientras esto ocurre, vivirás con nosotros, como un hijo más.

Alzó la mano e hizo una señal. Los guerreros, lanzando gritos de alegría, se acercaron al animal y empezaron a cortar y preparar la carne para que sirviera durante el invierno que aún quedaba por pasar.

El jefe se metió en su cueva. Fel se acercó a Ut, le cogió del brazo y dijo:

-Te ruego que me consideres tu amigo.

Ut le estrechó la mano y fueron juntos a descansar cerca de la hoguera con el jefe. Fuera, los cuchillos y hachas formaban una melodía sorda de guerra y miseria.

14. Preparativos de lucha

El hielo seguía blanqueando el valle y tronchando las ramas más delicadas. Ningún guerrero de la tribu salía de su caverna; tenían suficiente carne en el fondo oscuro de sus casas para resistir cualquier helada.

Sólo Ut salía de la cueva del jefe Luza para pasear por los caminos y ver los árboles que estaban en flor cada mañana. Algunas veces se cruzaba con algún joven que había salido por agua al charco, que tenían que romper con el hacha, y le saludaba con respeto y admiración. Ut pensaba que era despreciable el haber ganado al fin fama y gloria a cambio de destruir, pero le consolaba ver la tranquilidad de la tribu y el agradecimiento y amistad del jefe del Luza y su hijo.

Durante el tiempo que duró la nevada, Ut fue con Fel dando a todas las familias cacharros de arcilla, que secaban en el fuego.

El sol se retiraba, agotado y sin aliento, vencido por la nieve y el frío, cuando Ut y Fel volvieron aquella tarde a la cueva. Ut miró hacia el templo azul; sus paredes habían blanqueado, cubiertas de nieve, y la luz de las primeras estrellas se metía por las grietas. Fel se acercó:

-¿Qué miras?

-El templo. Desearía subir, pero ahora el camino es imposible.

Fel le cogió de un brazo y le sacudió asustado.

-¡Estás loco! Nadie puede subir a la caverna de los dioses.

Ut le miraba divertido.

-Yo ya he subido.

Le soltó y retrocedió dos pasos.

-¿Para qué has subido?

-Yo hice los dioses grandes de la entrada.

- Con razón dicen que eres hechicero. Sólo un brujo o un hechicero protegido por Cao podría

llegar al templo sin que nada le sucediera.

Ut no le contestó y siguió caminando a la cueva del jefe.

-¿Te molesta que diga que eres el elegido del dios Cao? No fui yo quien lo dijo; fue tu hermano y él lo sabrá mejor.

Ut se paró un momento.

-Mi hermano también lo cree, pero te diré una cosa: el dios Cao no existe.

Fel creía volverse loco.

-¿Cómo puedes decir eso?

-Sí; Cao no existe, ni Zil, ni ninguno de los dioses que adoramos en la cueva sagrada. Yo lo he comprobado. Sólo hay un Dios, libre como el aire, claro como el agua, infinito e intenso como el frío del invierno.

Fel le miró con pena. Tenía los ojos resplandecientes y puestos en el horizonte blanco, como si allí viese el ideal del que hablaba. Sí, estaba algo loco.

Entraron en la cueva y se sentaron en silencio junto al fuego. El jefe ya se había acomodado en su sitio. Tenía las manos extendidas, con las palmas rozando las llamas. Miró a los muchachos y su voz áspera arrastró los pensamientos de sus cabezas.

-Estoy preparando el ataque que llevaré a cabo contra el jefe Taba en cuanto el invierno sea derrotado. Fel habló a su padre, temiendo su reacción.

-Padre, permite que tu hijo se meta en tus asuntos, pero ¿por qué contra Taba y la tribu entera? Sólo Bar debe morir por haber dado orden de llevarse a Mila.

-Ese será el pretexto que me servirá para eliminar a la tribu completa, hijo; hace tiempo que me molestan y, además, la caza será más abundante para nosotros si ellos no están.

Fel miró el fuego. Comprendió que Ut estaría muy disgustado con el plan, por su manera de ser y su carácter, pero él conocía a su padre y sabía que si algo se proponía lo cumpliría. La voz de su padre seguía molestando al aire.

-Necesito nuevas armas para equipar debidamente a mis guerreros. Tú las harás, Ut.

-No lo haré.

La respuesta, firme y en tono amable, irritó al jefe, que no estaba acostumbrado a que nadie le discutiera las órdenes.

-¿Por qué no lo harás? ¿No comprendes que tengo tu vida en mi poder?

-Odio la guerra y no puedes pedirme que haga unas armas que servirán para destruir a los míos. Y ya sé que tienes mi vida en tu poder, pero te diré que no me importa morir. Todos exponéis vuestra vida cazando y yo soy Ut el cobarde porque no lo hago, pero ahora quiero exponerla y es más: hazlo ahora, que no retrocederé. Prefiero morir que ver la bajeza de un jefe tan importante como tú, que mata sin motivo, sólo porque su tribu pueda comer sin tener que buscar demasiado el alimento.

El jefe estaba furioso; nunca le habían insultado de esa manera y respondió, apretando los puños:

-Eres mi rehén y no te mataré. Además, te debo la vida de mi hijo; ahora perdono la tuya; estamos en paz. Cuando todo haya acabado, morirás.

No dijo más y se perdió en las profundidades de su negra cueva. Fel no levantó la cabeza y se acostó en su rincón. Desde allí vio a Ut, en la entrada de la caverna, mirando al cielo, buscando paz en las estrellas. Y la noche quiso pararse para Ut, pero debía seguir para los demás.

Poco a poco, la tribu fabricó sus armas; eran peores que las que Ut hacía, pero tenían filo cortante y eso era lo que importaba. Y los guerreros prepararon sus pieles y alimentos para el viaje que adivinaban penoso por la impaciencia del jefe que parecía un león herido en su amor propio. El resto del invierno se fue entre los preparativos para la lucha.

15 Fuga y captura

Una mañana el sol logró sonreír y el hielo se fue derritiendo día a día. Los verdes campos brillaron de nuevo y las aves volvieron a volar sobre las cumbres. El lago estaba otra vez en calma y las rocas secas.

Y aquella tarde los tambores de agua llamaron a la reunión a los guerreros. Todos se acercaron y ocuparon su lugar en la asamblea. El jefe del Luza salió de su cueva; sus cejas se enredaban en lo profundo de su entrecejo blanco. Paseó su mirada furiosa por la reunión y hasta los árboles agacharon la cabeza. Detrás de él, como una sombra, estaba Fel.

El cacique alzó la voz y arrastró las palabras para dar más solemnidad a la frase:

-El momento de la venganza ha llegado.

Y alguien contestó:

-Todo está preparado.

-Mañana saldremos con el sol. Recordad, mis valientes guerreros, que el ataque será por sorpresa cuando yo lo ordene.

Los guerreros dieron su aprobación y el jefe continuó:

-Nadie hará nada hasta que mi venganza esté consumada, hasta que Bar y toda la familia que tenga, aunque sean mil, hayan muerto.

Los hombres gritaron contentos y deseando que todo comenzase. Ut, que estaba apoyado en uno de los palos que rodeaban la plaza, sintió que una descarga helada le recorría el cuello. No era posible que los hombres disfrutasen tanto causando el dolor y la muerte.

Los vio ir a despedirse de sus familias y recordó a la suya, que había de morir por el deseo de un hombre egoísta. No podía verlo sin hacer algo para evitarlo. Se dirigió despacio a la cueva. En el valle, los árboles pelados formaban, con su complicado ramaje, el rostro de sus hermanos y la paz cansada de su madre.

El jefe Luza y su hijo se iban ahora a la cueva. Si había alguna ocasión, era aquélla. Cambió de dirección y fue hacia la montaña sagrada. Atravesando por allí llegaría bastante antes que los guerreros y pondría a su tribu en pie. La idea de provocar la guerra le producía náuseas, pero no había otro remedio.

Apretó el paso; un poco más y estaría en la montaña.

De pronto, una voz potente llenó sus oídos:

-¡Ut!

Y desde el fondo del barranco más hondo hasta la cumbre más alta del valle lo repitieron.

Ut no paró ni desvió su camino. Un poco más y llegaría, y una vez en la montaña nadie le podría coger ni detener en su propósito.

La voz no se volvió a oír.

En el silencio del valle se percibió el silbido de una flecha que cortó el aire. Ut sintió un dolor agudo en el hombro y el cielo comenzó a darle vueltas sobre la cabeza. Notó que perdía el equilibrio y un momento después se encontró en el suelo. Fel estaba junto a él.

-¿Por qué huías, Ut?

-Tengo que avisarles; no puedo dejar que los asesinéis como asesináis a los renos o a los bisontes.

-No te queda más remedio que aceptarlo. Mi padre es quien da las órdenes y todos le obedecemos. Así ha de ser.

Con tono más suave dijo:

-Ven a la cueva. Te curaré esa herida.

Le ayudó a levantarse y le condujo a la caverna. Le tapó con una manta de piel y le lavó la herida con agua fresca.

-Perdona, pero no encontré otra manera de pararte.

El jefe acababa de entrar. Tenía los ojos inyectados en sangre y la furia que salía por ellos llenó la caverna.

-Átale fuerte, que no se escape.

Fel terminó un vendaje con hojas grandes de enredadera seca y le ató con tiras de cuero las manos a la espalda.

Así pasó la noche. Fue una noche de infierno. El jefe dormía en su cama de piel y Fel tenía los ojos fijos en el techo, sin decir una palabra, meditando sobre lo que había de ocurrir.

Ut se sentía impotente y esto le torturaba. A veces no podía contener su dolor y se rebullía en su rincón intentando desatarse. Todo era inútil.

El fuego estaba fuerte aún y su vigor le recordó a Bar, el mejor cazador de su tribu, con su cabello largo y flotante, negro como una noche sin luna. Su mente recorrió los mejores tiempos de su infancia, cuando él era un niño raro que se asustaba de un conejo o que le daba pena de un pájaro. Bar siempre había sido el más fuerte, el que le protegía a él y refrenaba los impulsos violentos del atolondrado Oa.

La noche seguía lenta. Fel estaba pensativo y Ut notaba a cada momento el cosquilleo de los nervios que apenas le dejaban respirar. La herida le escocía y recordó a su madre, que tenía una especial manera de curar las heridas, siempre con su paso lento y su mirada grave, como si constantemente el peligro la persiguiese para quitarle alguno de sus hijos.

16. Fuga final

Lentamente amaneció. Fel no había dormido; su cabeza hervía sin saber qué pensar; veía mal que su padre quisiera matar una tribu completa para vengar una ofensa hecha por un hombre, pero los hijos obedecen a los padres y él no iba a discutir: únicamente cumpliría las órdenes.

Muy temprano, la masa de guerreros esperaba la hora de salir con sus armas y útiles cargados en la espalda. Todos estaban contentos y deseosos de saciar su sed de sangre. Fel se acercó a Ut y miró su herida.

-Esto está muy bien; no te dará problemas.

-No me importa que me dé problemas ni que duela; me gustaría no vivir ya.

Fel agachó la cabeza y muy bajo dijo:

-Te comprendo. Yo tengo que cumplir las órdenes, pero me acordaré de ti y procuraré no matar a nadie. Pero no te puedo prometer nada.

Repasó las cuerdas que ataban sus muñecas y se marchó.

Fuera se oía el griterío de los guerreros impacientes por salir. La voz del jefe se elevaba por encima de todas, repasando y dando los últimos consejos.

Ut se levantó y se acercó a la entrada de la cueva. Las caras de los guerreros, cubiertas de pelo, estaban rojas y sus altas figuras se movían sin parar. Pronto salieron y se perdieron entre las rocas.

Ut miró a todos lados. Nadie había ya fuera de las cavernas. No podía perder tiempo. Tenía las manos atadas y se movía mal, pero podía correr. Salió de la cueva del jefe y corrió con toda la velocidad que pudo hacia la montaña sagrada. El camino fue penoso y muchas veces estuvo a punto de caer entre las piedras. No podía mantener bien el equilibrio con las manos atadas.

Comenzó a subir por la falda del monte, apoyándose con el cuerpo y la cabeza; conocía el terreno con los ojos cerrados y gracias a ello pudo llegar arriba sin rodar por la ladera.

Al llegar a la plaza donde había tallado los dioses de madera, se sentó a descansar. El viento corría ligero y refrescó a Ut, que estaba sin aliento. Recordó la primera vez que subió hasta allí y volvió a sentir que la paz se sentaba junto a él.

-Lo que me hace falta es que no te vayas ahora.

Miró el lago; se veía minúsculo, como si fuese un hoyito que un niño llenó de agua. En la orilla, antes de cruzar, estaban acampados los guerreros del Luza. Seguramente se detendrían allí para comer y preparar las canoas de troncos huecos con que llegarían a la tribu de Taba.

Podía aprovechar, ahora que los guerreros descansaban, para tomarles delantera y llegar con tiempo sobrado de avisar a los suyos. Se levantó y se dispuso a bajar. Había subido relativamente bien, pero no podía bajar con las manos atadas. Entonces recordó que en su templo azul tenía algunos punzones de los que usaba para tallar y que le servirían para cortar las cintas de cuero que le sujetaban las manos.

Subió el trozo que le faltaba y se encontró de nuevo con sus estatuas de madera. Hacía frío, pero Ut estaba sudando y su piel brillaba al sol con reflejos de cobre.

Pasó dentro y atravesó la galería. Olía a humedad y las paredes estaban llenas de musgo. Los muros de su templo le saludaron con sus destellos azules y verdes; el sol se colaba por las rendijas y los animales grabados en los muros dieron la bienvenida a Ut. La herida le sangraba y le dolía, y pensó que su madre se preocuparía al verle llegar sangrando.

Buscó entre los punzones el más afilado, se volvió de espaldas y torciendo las manos pudo colocarlo entre dos piedras de forma que se sostuviera de punta. Pasó muchas veces el cinturón de cuero por el canto afilado del punzón, que se mantenía fiel a Ut sin torcerse ni pincharle. En seguida estuvo libre. Recorrió con la mirada las paredes de su templo, como si se despidiera de él, y salió.

Miles de puntitos negros, como granos de arena, se movían cerca del lago. Los guerreros ya habían comido e iban a atravesar el lago sin descansar un rato antes. La venganza del jefe Luza no podía esperar.

Debía bajar en seguida y dar el aviso, pero se paró un momento. Si avisaba a Taba, éste se sentiría ofendido y saldría con sus hombres en busca de los del Luza; la guerra empezaría antes y peor. Taba cogería a sus guerreros con las armas de cazar y sin preparar; tendría desventaja contra la tribu del Luza, que llevaba todo el invierno asegurándose una victoria.

Tenía que haber una solución para evitar la guerra. Se sentó entre los dioses y se puso a pensar. Lo más necesario era poner a salvo a su familia. El jefe Luza mataría a la tribu de Taba o tal vez éstos pudieran con los guerreros del Luza, pero en un sentido u otro los que sí morirían serían sus hermanos, si él no lo evitaba.

La mañana estaba avanzada. Los guerreros del Luza tenían dificultades para poner a flote todas sus canoas, pero pronto lo lograrían.

Su familia corría mucho peligro y no podía esperar. Bajó al valle. Una vez allí pensaría qué hacer. Cuando se encontró entre los eternos pinos notó que las lágrimas abrasaban su garganta, pero continuó adelante. La tarde pasó rápida para Ut, que necesitaba la luz a fin de llegar cuanto antes. Y le sorprendió la noche cerca de su casa, al final del bosque.

La luna, curiosa, no quería perder un detalle. Ut la miró un momento; iluminaba el cielo y todo el valle con su plata fundida. Se paró un rato junto a la lanza de las asambleas para serenarse. Tenía el aliento entrecortado y las sienes le palpitaban. Toda la confianza que había tenido en sí mismo se vino abajo al ver los paisajes de su fama de cobarde y de loco. Él, Ut, el inútil, el loco, el que nunca se atrevió a ver morir al más insignificante de los animales, se disponía ahora a separar a dos tribus unidas por el odio. Y solo no lo podía hacer. Un guerrero de su tribu hubiera pedido ayuda a Zil, dios del bien, pero Zil no existía.

Levantó la cabeza y pidió protección. Los mil ojos dulces y brillantes de su Dios verdadero le sonrieron desde el cielo azul-negro. Respiró hondo y se sintió más seguro.

Caminó de prisa hacia la cueva de su familia, con el corazón saltándole en cada latido.

17. Ofensas y rencores

Dentro de la cueva las paredes se habían teñido de rojo por el fuego. Ut se quedó parado frente a las llamas cansadas y casi muertas de la hoguera. No vio nada, deslumbrado por la luz, y muy bajo, para no asustar, dijo:

-Oa, ¿estás ahí? Soy yo, Ut.

Repitió su llamada y la figura nerviosa de Oa apareció en el círculo de luz con una lanza preparada. Al reconocerle, tiró su arma en un rincón y gritó:

-¡Bar, corre, hermano; Ut está aquí!

Bar salió de la profundidad de la cueva. Detrás él, la figura blanca de Mila se destacaba en la sombra.

-¡Ut! ¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado?

Le abrazó y le ofreció un pedazo de carne, que Ut rechazó.

-No, Bar, no es hora de comer ni de contaros nada de mí. Tenéis que venir conmigo.

Bar le miró extrañado:

-¿Adónde?

-El padre de Mila viene hacia aquí con más de cien guerreros armados; quiere a su hija y tomar venganza en vosotros.

Bar se plantó frente a él.

-Aquí le esperaré. Bar, el hijo de Ur-Boa, no tiene miedo de nada ni de nadie por muchos guerreros que traiga.

Miró a Mila y en otro tono dijo:

-Pero a ella llévatela, por favor. No quiero que le pase nada.

-No hace falta que seas tan valiente. Nadie podrá reprocharte que te pongas a salvo de cien hombres que vienen contra ti.

El sol avanzaba y la luz se metía por la boca de la cueva. La tribu del Luza debía de estar muy cerca ya. Quedaba poco tiempo.

Ut se dirigió a su hermano menor.

-Oa, recuerdas la plaza que hay en la montaña sagrada?

A Oa le temblaba la voz:

-¿Dónde tallaste los dioses?

-Sí, allí. Tú tendrás una misión difícil; en ella demostrarás tu valor más que luchando inútilmente aquí.

-¿Qué quieres que haga?

-Llévate a Mila allí por el camino del bosque, que es más corto y más seguro. Defiéndela contra todo y escóndela hasta que yo vaya. Oa recogió algunas mantas y fue por la lanza de Ur-Boa. Ut le paró un momento.

-¿Y nuestra madre? Llévala también.

Oa no respondió y Bar bajó su mirada.

-¿Qué pasa? ¿Por qué no contestáis?

Fue la princesa la que habló con su voz suave como el aleteo de las golondrinas:

-El invierno fue duro y la comida escasa. Las mujeres tuvimos que salir a buscar agua entre los témpanos helados y muchas de ellas murieron de frío, o devoradas por las fieras que bajaron al valle en busca de alimentos. Tu madre nos salvó la vida muchas veces y nos curó la fiebre y las heridas de tus hermanos, que salían a cazar todas las mañanas para volver cansados, helados y con las manos vacías. Pero su cuerpo ya no era fuerte, había sufrido mucho y un día la encontramos cerca del lago, adonde había ido por nieve limpia para beber. Estaba muerta, abrazada al jarro que tú hiciste para ella. Murió en silencio, igual que vivió. La enterramos junto a tu padre, en el túmulo de piedra gris, al pie de la montaña sagrada.

Ut sintió dolor en el pecho, como si una mano quisiera ahogarle. Y se quedó callado como sus hermanos.

Oa fue el primero en volver a la realidad; cogió la lanza y dijo:

-Vamos ya, Mila.

Y salieron hacia el bosque de pinos.

Bar se había vuelto de espaldas para no ver marchar a Mila. Ut se acercó a él.

-Bar, ven conmigo a la montaña.

-No.

-Tu orgullo te costará la vida y tienes que pensar en Mila; ella te necesita.

-No voy a huir. No tengo miedo.

Ut se esforzaba en convencerle.

-Taba los despedirá sin violencias; él sabe hacerlo bien, y cuando los guerreros vengan a por vosotros, ya no os encontrarán.

Bar estaba irritado.

-Eso que me estás proponiendo es una cobardía; por lo menos yo así lo considero.

-No es ninguna cobardía evitar que nos destruyan sin motivos. ¿Qué puede importarte lo que

digan los demás si tú has obrado como has creído mejor?

Bar le miró como si fuera una serpiente.

-Esas ideas son muy propias de ti. Nunca te ha importado tu honor.

-Lo que no entiendo es que tú quieras morir por satisfacer una venganza. Vales demasiado.

-Es cierto.

Los dos hermanos se volvieron en redondo. La voz venía de la entrada de la cueva. La esbelta figura de Fel se dibujó en el contraluz. Bar alzó su lanza, pero Ut se interpuso entre ellos. Fel gritó:

-Apártate, Ut, déjale que se defienda.

-Fel, nada ganarás con su muerte; sólo tu orgullo se engrandecerá, pero toda la vida sentirás el peso y te convertirás en un viejo triste y amargado como tu padre.

-Dame a mi hermana.

-Mila es la esposa de Bar.

-Mi padre no escuchará eso. Sólo sabrá que tu hermano la mandó raptar.

Bar estaba ofendido por la arrogancia del hijo del jefe.

-Yo no la mandé raptar. Ella vino por su voluntad.

-Mi padre no lo creerá.

-No es tu padre quién debe saberlo ni creerlo: eres tú quién ahora decide.

-¿Dónde está Mila?

-Yo la he mandado a un sitio donde nadie la encontrará. ¿Qué pretendes con esconderla? Sabes que su libertad vale tu vida.

Bar cerró los puños con fuerza.

-Mila es libre, es mi esposa por su voluntad y mi deber es protegerla.

-La única forma de que Mila vuelva con nosotros será matándote a ti. Yo no soy un asesino y no te mataré si no me das motivos, pero escucha: mi padre espera en la entrada del poblado; si no te rindes, los guerreros entrarán y aprovecharán la sorpresa de los hombres de tu tribu para matarlos sin defenderse.

Esperó un poco y, como Bar no contestaba, dijo:

-¿Crees que tu vida vale una tribu?

-Bar negó con la cabeza; estaba desconcertado y no sabía qué hacer.

-Ut, ¿qué debo hacer?

-Olvidaos los dos de vuestras ofensas y rencores. Vuestra muerte no volvería a la vida a Ur-Boa, mi padre, ni hará que Mila vuelva con el jefe Luza, y puede ser la causa de la muerte de muchas personas inocentes. Hay que evitar esta guerra.

Fel se acercó.

-Ut, yo también deseo evitarla, pero no veo el modo de hacerlo; mi deber es cumplir las órdenes

de mi padre.

-Fel, yo te ruego por nuestra amistad que me dejes arreglar esto a mi manera.

-De acuerdo. Nunca he creído justa esta guerra. Faltaré a mi deber.

-Gracias; no te arrepentirás. Y ahora, vamos.

18. Los falsos dioses

Salieron y se dirigieron a la montaña sagrada. Subieron amparados por las sombras de las rocas y de los árboles, arrastrándose por el suelo y sorteando las grietas.

En la plataforma esperaban Oa y Mila. La princesa corrió hacia ellos y Fel abrió los brazos para recogerla, pero Mila se abrazó a Bar y rompió a llorar en silencio.

Fel, resignado, se volvió a Ut.

-Ahora veo que tenéis razón. Ella vino por su propia voluntad.

Oa estaba temblando y los nervios le hacían castañetear los dientes.

-¿Dónde nos esconderemos? Aquí nos verán en cuanto dé el sol.

Ut recogió las pieles.

-Vamos arriba, al templo.

-¡Al templo! No podemos subir.

-Pero Bar, no seas niño. Nada te va a pasar. Los dioses no existen.

-Estás loco. Sigues estando loco como cuando gritabas golpeando los dioses o corrías sin saber adonde ibas.

Fel recogió sus armas tranquilamente. Se acercó a Oa y en tono bajo, pero intenso, le dijo:

-Yo soy Fel, hijo del jefe Luza. Tú ya me conoces; pues bien, yo confío en Ut y en su locura. Le he oído hablar muchas veces de la falsedad de nuestros dioses y tal vez esté loco, pero yo quiero comprobar si existen o no.

-Tú estás loco como él, y si subimos a la caverna sagrada será peor que si nos quedamos a luchar contra los cobardes del Luza.

Fel se volvió de espaldas en un gesto heredado e intentó ignorar el insulto. Miró hacia el valle donde estaba su padre con los guerreros. No sabía si había obrado bien al unirse a Ut, pero su locura arrastraba; él mismo tenía curiosidad por saber algo de la cueva sagrada, por conocer el sitio donde Ut había fraguado sus ideas de las que salían tan bellas palabras. Las órdenes de su padre habían sido tajantes y sin réplica: «Llega a la cueva de Ur-Boa y toma venganza de sangre en su hijo Bar y en todo aquel que se te interponga».

Y él había ido dispuesto a cumplirlo. Pero no esperaba encontrar a Ut allí, y después de hablar

con Bar no tuvo valor para matarle. Ut tenía razón. Valía demasiado. Ahora veía que no se había equivocado. Mila era feliz y eso era lo que importaba; no el que Bar llegara a ser jefe de tribu.

Todo estaba bien. Pero el pequeño, aquel muchacho lleno de rabia, le odiaba y sólo veía en él al hijo del asesino de su padre. Ut estaba en lo cierto. La venganza sólo satisface al orgullo.

Ut se acercó a él.

-Perdónale, Fel; está nervioso y su única arma es insultarte. Aún es un muchacho y tiene los nervios fuera de sí. Fel miró a su amigo y subió por las peñas hasta la entrada del templo. Bar subió detrás. Lo único que le importaba era salvar a Mila; si había que luchar con dioses, lo haría. La princesa se acercó a Oa y puso la mano en la espalda fuerte del joven.

-Vamos, Oa, de sobra me has demostrado tu valor. Yo sé que tiemblas, pero no de miedo, sino de coraje; mas no debes enfrentarte con todos; ven con nosotros. Seréis cuatro guerreros de los mejores y ningún dios podrá venceros.

Oa se levantó y subió detrás de Mila. Estaba pálido y seguía temblando como una hoja amarilla.

Bar se detuvo frente a la entrada. Las figuras de los dioses, vistas de cerca, eran impresionantes y se distinguían mil pequeños detalles. Los rostros de los titanes eran tan perfectos en su expresión que uno solo de los enormes ojos de Cao ya producía temor, y el de Zil mostraba una ancha sonrisa muy de acuerdo con la idea que su pueblo tenía de este dios del bien. Fel observó:

-Ut, eres un genio: has creado los dioses más perfectos que han existido.

-Yo no he creado nada más que dos figuras que para nada sirven.

Llegó junto a las estatuas y las golpeó con los puños.

-Mira, son de madera: unos dioses reales no pueden ser de madera ni de barro ni de nada que pueda destruirse. Fel, tú me has visto tallar la madera y tú mismo has probado a hacerlo. Las figuras que aparecen en la superficie de los troncos son un reflejo de algo que yo he imaginado, no son una realidad; es como la figura que vemos en el agua del lago cuando nos asomamos a él. Es nuestra propia figura reflejada. Fel, eso son estos dioses. Taba me dijo que los hiciese y yo tallé lo que creí que serían si existiesen, pero no son dioses, sino estatuas.

Fel golpeó uno de ellos con su puño fuerte. Oa gritó:

-No hagas eso.

-¿Por qué? Ut tiene razón. Son de madera como los pinos.

Ut miró hacia el lago.

-Aquí pueden vernos si nos da el sol. Vamos dentro.

Oa ya no tenía ánimo ni para protestar y los siguió en silencio. Cruzaron la galería ancha en la que se abrían las pequeñas celdas de los dioses menores y llegaron al palacio de cristal azul de Ut. Fel se quedó parado por la belleza de la cueva.

-Y esta cueva, ¿de qué dios es?

-Es mía. Aquí trabajo yo en verano con mis vasos de arcilla y mis tallas de madera.

Oa dio un grito histérico:

-Ya sé dónde está tu locura. Te crees un dios como ellos y hasta tienes templo.

Ut le sacudió con fuerza.

-Oa, serénate; yo no me creo ningún dios porque todos estos dioses son más falsos que el agua de las rocas. Yo sólo creo en un Dios, tan poderoso y tan magnífico que nunca nadie podrá tener un templo junto al suyo.

Pero Oa no le oía; estaba agotado y se había desplomado en el suelo. Ut le dejó descansar. Luego se volvió a los demás y dijo:

-Sentaos a descansar. Yo encenderé fuego.

Todos se sentaron en las piedras brillantes como estrellas y las llamas iluminaron sus caras serias y pálidas.

Fel observaba todo con curiosidad. Había descubierto los dibujos que bailaban en las paredes a la música callada de las llamas.

-Ut, ¿tú grabaste estos animales?

-Sí, Fel.

Bar levantó la cabeza.

-¿Cuántas veces has estado aquí?

-Casi todas las noches, en el verano.

La voz de Oa salió de un rincón llena de pánico.

-Estoy seguro de que algo nos pasará aquí. Los dioses nos castigarán por venir a turbar su paz.

Ut sonrió.

-Duerme y descansa, Oa; te hace falta.

Todos quedaron en silencio. Mila se había dormido apoyada en Bar, que empezaba a sentirse seguro en aquella cueva caliente. Oa se durmió entre suspiro y suspiro y Ut le cubrió con una manta. Fel pensaba que cuando la sombra de su padre fuese de su mismo tamaño, iría en busca de su hijo, que esta vez le había traicionado.

Bar se había dormido también y Fel dijo:

-Ut.

-¿Qué quieres?

-¿Qué piensas hacer para salvar esta situación?

-Antes, los dioses de madera me dieron una idea.

-Voy a rogarte que, si te es posible, no mates a mi padre. Él es un hombre bueno, no un joven como yo, que se fía de una persona porque dice cosas bonitas.

-¿Estás arrepentido de haber venido aquí?

-No, no estoy arrepentido; es que nunca me había atrevido a hacer nada sin el permiso de mi padre.

-Nada le pasará a tu padre ni a nadie, si es eso lo que te preocupa.

Fel cambió la conversación para alejar sus pensamientos.

-Este templo es muy bello y abrigado; parece de hielo, pero es de roca. ¿Qué hay en las otras cuevas más pequeñas?

-Son los templos de los dioses menores. Ven, te enseñaré sus altares y lo que queda de ellos.

Fel le siguió por la galería con una antorcha encendida. Ut le mostró las cenizas del dios del fuego, la piedra vieja y los demás despojos de lo que fueron los dioses. Fel estaba asombrado.

-Y en todo esto he creído como un tonto durante toda mi vida.

-Y en esto han creído nuestros antepasados.

-Me da vergüenza pensarlo.

Ut le miró.

-¿Comprendes ahora mi idea de otro Dios sin figura?

-Sí, pero tus pensamientos son profundos como los barrancos de las colinas y mi mente no los alcanza.

-Poco a poco lo entenderás. Vamos al templo azul; Oa se puede despertar y asustar a Mila con sus gritos.

Y se sentaron junto al fuego.

19. Frente a frente

La figura del jefe Luza se dibujó, de su mismo tamaño, en el suelo y su paciencia no tuvo más límite. Seleccionó cuatro de sus mejores guerreros y salió con ellos hacia la cueva de Ur-Boa. Su venganza comenzaba.

Entró en la caverna. El fuego, abandonado, sin alimento, se había muerto. Uno de los guerreros buscó por toda la caverna y miró en todos los rincones, pero todo fue inútil; sólo había jarros de arcilla de los que Ut fabricaba y algunas mantas. En el suelo brillaba algo y el jefe se agachó a por ello. Era una pulsera de hueso negro que Mila tenía desde niña. El jefe del Luza estaba rojo de ira y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

-Aquí ha estado mi hija Mila. Ellos la tienen y se la han llevado.

Apretó los puños y dio una patada en el suelo que hizo retumbar las piedras en las bóvedas y estremecerse los muros.

-¡Cobardes! Han huido de mi. Este maldito Bar es muy fuerte y habrá vencido a mi valiente hijo Fel y se lo habrá llevado a su escondite.

Estaba ciego y no sabía por dónde caminaba.

-Vamos a comer al campamento. Allí esperaremos a que los guerreros de Taba vuelvan de cazar y arrasaremos todo y nadie ha de quedar con vida.

Alzó los brazos y la rabia salió por su boca. Con tono brusco dijo:

-No me iré sin ver a mis pies el cadáver de ese maldito perro orgulloso.

Salieron de la cueva y acamparon en el lago, hasta que Taba y su tribu volvieron de cazar. El jefe puso dos de sus guerreros más expertos a vigilar los caminos para que nada le pillara de sorpresa y comenzó a pasearse impaciente por el campamento.

La noche había oscurecido el valle cuando Taba regresó con sus guerreros. Venían contentos y algunos reían. Todo había ido bien y traían gran cantidad de carne.

Ut los oyó llegar y dijo:

-Nuestro momento ha llegado. Fel, baja al valle escóndete entre el bosque de pinos. Cuando veas que todo se complica y que hay peligro para cualquiera de las dos tribus, enciende una antorcha y muévela hacia los lados.

-¿Nada más?

-Eso es todo.

Y Fel bajó entre las sombras. Corrió casi todo camino sin parar hasta encontrarse entre los pinos. Todo estaba tranquilo de momento. Los guerreros de Taba no se daban cuenta, pero Fel veía el rostro negro de la amenaza sobre los juncos del lago.

El jefe Luza no podía más y salió al encuentro de Taba. El cacique supremo de la tribu del lago se llevó la mayor sorpresa de su vida, pero era un hombre acostumbrado a las más asombrosas situaciones y reaccionó tranquilamente.

-Bienvenido a mi poblado. ¿Qué quieres?

El jefe Luza creyó que iba a reventar.

-¿No sabes quién soy?

-Claro que lo sé. Taba no olvida al jefe del Luza.

Los hombres de Taba, que no se habían dado cuenta de la personalidad del intruso, empezaron a comentar y a preparar sus armas. Taba estaba tranquilo. Dijo:

-¿A qué has venido?

-A por mi hija Mila. Uno de tus guerreros la tiene. Pero el «valiente» guerrero se ha ido con ella.

Taba hablaba con ironía.

-Te estás refiriendo a Bar.

-Estoy hablando de ese miserable hijo de cobardes que llamáis Bar.

El murmullo de los hombres subió de tono. Taba, el jefe, no soportó la ofensa:

-¡Mientes! El padre de Bar fue el más valiente y bravo de los guerreros que ha tenido mi tribu.

Se adelantó un paso y apuntó al jefe del Luza con su dedo delgado.

-Tú le mataste. Si alguien debe morir, eres tú.

-Todos sois unos cobardes; sí, unos cobardes.

Mis guerreros esperan una orden mía para destruiros. Llevan buenas armas y ninguno viviréis. Y ese perro deberá devolverme a Mila y morir por matar a Fel, mi hijo.

Nadie se movió. No se atrevían a creer que los hombres del Luza estuvieran preparados para atacar.

Taba seguía tranquilo, al menos lo parecía.

-Bar no te dará a tu hija, porque es su esposa.

-Le mataré.

El jefe Luza había hablado gritando y sus guerreros aparecieron tras de él con sus armas preparadas.

Fel vio desde su escondite que todo se había complicado a pesar de que Taba había hecho lo posible por evitar un combate del que estaba seguro no saldría con bien.

El jefe Luza, su padre, buscaba cualquier motivo para atacar la tribu.

Fel prendió la antorcha y la sacudió varias veces. Estaba seguro de que Ut haría algo. La luz se abrió paso entre las copas de los pinos y las estrellas que acababan de salir se rieron de su pedantería.

20. Estratagema de Ut

Ut se había sentado fuera, entre los dos titanes, a esperar la señal de Fel, mientras sus hermanos dormían cansados de la caminata y fatigados por las emociones.

Abajo, en el valle, estaría el peligro, un peligro que se proponía evitar y que no sabía si lo conseguiría. Todo había salido bien hasta ahora. Bar le seguía sin poner trabas y Oa era muy joven y se dejaba arrastrar. Pero su mayor triunfo era Fel. El joven jefe de la tribu del Luza se había convencido de la verdad.

Miró al cielo y se sintió seguro. Las estrellas ya habían salido. Ahora todo saldría bien definitivamente.

La señal de Fel tardaba. Hacía frío y Ut no lo sentía. Tenía fiebre y la herida le abrasaba.

Miró de nuevo al valle y luego al bosque. Primero fue un reflejo; luego la luz se hizo más visible.

Tenía que hacerlo. Se acercó a la estatua del dios Cao y colocó junto a su base una piedra grande; después empujó al ídolo con toda su fuerza y éste cayó al suelo con un sonido hondo que repercutió en

todas las rocas desde la más grande a la más insignificante. Era como un trueno.

Fel tuvo algo de miedo. ¿Qué poder tenía Ut para desencadenar tormentas?

Los jefes y los guerreros miraron al cielo, pero no había nubes y el cielo estaba claro.

Ut empapó de grasa la figura del dios y luego la prendió fuego. Uno de los guerreros señaló la cumbre del monte.

-Mirad, allí en el monte, fuego.

Todas las cabezas se levantaron y quedaron callados.

Fel estaba intrigado; vio a los guerreros de su padre y a los de Taba paralizados por el temor.

Ut comenzó a empujar la estatua hacia la ladera. Bar y Oa habían salido de la cueva al oír el trueno de la caída del dios y le miraban sin decir nada. Mila se acercó a ellos. Con la voz temblando preguntó.

-¿Qué hace?

-Está loco; va a incendiar el valle entero y todos moriremos. Por salvarnos a nosotros van a morir todos los guerreros y mujeres y niños de las tribus.

Bar le interrumpió:

-Cállate, Oa; recuerda que Ut ha estado aquí muchas veces y él sabe de esos dioses más que tú o yo.

Un último empujón y ya estaba. La estatua bajó rodando por toda la falda de la montaña sagrada envuelta en llamas. Un grito que traspasó las cumbres salió del grupo de guerreros. El dios en llamas acababa de caer muy cerca de ellos, en el centro de la plaza de las asambleas. La melena del león se asustó e intentó un último esfuerzo por alcanzar su libertad.

Una figura se abrió paso. Era el brujo. Llevaba una piel moteada y un casco con cuernos. Sus manos y sus pies estaban adornados con crines tenidas con sangre de animales. Comenzó a dar vueltas alrededor del tronco quemado y a murmurar una oración y pedir la explicación al dios Cao por su mensaje.

Una columna de humo gris se elevaba por encima del valle y de las montañas.

Pasó un rato en el que sólo el runruneo de la oración del brujo rompió el silencio. Luego el hechicero quedó en silencio. Poco después se volvió al pueblo y levantó los brazos al cielo.

-El gran dios Zil nos envía su mensaje.

Los guerreros se removieron y cruzaron sus miradas. Las mujeres habían salido de sus cuevas y miraban sorprendidas, intentando entender algo.

El brujo sabía de su importancia en aquel momento y continuó con aire de superioridad, espaciando las palabras:

-El dios Zil nos promete su protección; él ha vencido al dios Cao que nos trajo la nieve y el frío. Nunca más habrá escasez de carne ni de agua.

Los aullidos de la tribu demostraron su alivio. El brujo mandó silencio con un gesto.

-Sólo una condición nos pone para que sus promesas se cumplan: no habrá guerra.

El jefe Luza no estaba dispuesto a creer en lo que el hechicero de otra tribu predijese.

-¿Cómo puedo saber que el mensaje es ése?

El brujo alzó su lanza adornada de púas.

-Me estás llamando embustero.

Taba se cruzó.

-El mensaje que el dios Zil nos envía con el cadáver del dios Cao es para nosotros y no pelearemos.

Le miró, y con su tono irónico, que sacaba de sus casillas al jefe Luza, dijo:

-Si los guerreros del Luza quieren matar a una tribu que no se defiende, todos dirán que son cobardes e injustos.

El jefe volvió la espalda. Hizo una señal con su lanza en alto y todos sus hombres comenzaron a recoger el campamento. El dios Cao era ya un montón de cenizas humeantes.

21. El reto

La luna plateaba la ladera cuando Ut y sus hermanos bajaron al valle. Los guerreros de Taba los señalaron.

-¡Es Ut, el hijo de Ur-Boa!

-Detrás de él van sus hermanos y la hija del jefe Luza.

El jefe se volvió al oírlo y esperó a que su hija bajase y se acercase a ellos.

-¡Mila!

La princesa se refugió junto a Bar.

-Mila, ¿no me oyes?

Bar tenía la cabeza alta y miraba al jefe con insolencia.

-¿Qué haces con ese hombre? Te está hablando tu padre.

Mila contestó, sin levantar la vista:

-Bar es mi esposo.

-Él te mandó robar de mi casa.

La muchacha miró a su padre y alzó la voz:

-Yo vine por mi voluntad y no deseo irme.

El jefe del Luza tenía la impresión de que estaba haciendo el ridículo. Miró a su alrededor. Su defensa estaba en la violencia y señaló a Ut.

-Tú eres el culpable de todo. Debí matarte antes de salir de mi caverna. Tú avisaste a tus hermanos y los escondiste, y tú mataste a Fel.

Ut hablaba muy bajo y con voz amable.

-Claro que avisé a mis hermanos; era mi deber. Pero no maté a Fel.

-¿Dónde está mi hijo?

-Aquí estoy, padre. Vamos a nuestro poblado. Todo está resuelto ya.

El jefe miró a su hijo, que acababa de salir de entre los pinos.

-Ya veo. Tú estabas en combinación con este asqueroso ser inútil para que todo nuestro plan fracasase.

-Estás equivocado; no es así. Sólo hice lo que creí menos deshonroso para mi tribu, y más justo.

El padre de Fel no escuchaba más que a la voz de su orgullo.

Taba no quería que todo se complicase de nuevo y ofreció una solución.

-Tú, el gran jefe de la tribu del Luza, te sientes ofendido por nuestro guerrero Bar. Él pide venganza por la muerte de su padre, nuestro admirado Ur-Boa.

Hizo una pausa. Toda la tribu esperaba sus sabias palabras.

-Podéis luchar para decidir vuestras diferencias, el uno contra el otro. El vencedor tendrá el derecho de disponer de la vida de su enemigo. Será una lucha a muerte.

Bar dejó a Mila con su hermano menor y se acercó a Taba. A Ut y a otros guerreros de la tribu les recordó su alta figura a Ur-Boa, con el orgullo a flor de piel y la nobleza bulléndole en la sangre. Su voz, tan potente como la de Ur-Boa, que hacía correr a los niños y retumbar a las piedras, se escuchó por todos los rincones del valle y la luna que se iba aburrida se detuvo un momento más para oír al gran guerrero.

-Yo no lucharé contra este hombre. Es un anciano a quien mataré de un soplo. Sería una cobardía.

Taba asintió orgulloso del valor que demostraba su guerrero.

-Tienes razón. ¿Qué dices tú, gran jefe del Luza?

-Mi hijo Fel vengará la ofensa por mí y dejará su cadáver para las bestias. Dentro de tres días será el duelo, delante de los dioses, en la plaza de la montaña sagrada.

El jefe Luza recogió sus armas.

-Vamos.

Los guerreros caminaron hacia el lago para volver a su tribu.

Los hombres de Taba entraron en sus cuevas comentando con sus mujeres y deseosos de comer algo.

El día sonreía y Bar y sus hermanos comieron contentos de estar juntos de nuevo, como en los días felices en que Ur-Boa les explicaba los secretos de la caza y los misterios del mundo de los dioses.

Mila estaba feliz y su rostro lo decía muy alto y su corazón lo repetía por el valle.

De momento, todo el peligro había pasado, hasta el día del duelo.

Y todos durmieron bien.

22. El gran día de Oa

La luz iluminó el valle y la calma seguía agazapada entre los pinos.

Oa y Bar habían salido a cazar con la tribu y la cueva estaba vacía. Ut se había asomado fuera.

El cielo era muy azul, como el agua del lago, y sólo unos hilitos de algodón deshilachados rompían su color.

Mila llenaba los jarros con el agua fresca del arroyo de la pequeña catarata donde jugaban los niños, y su figura parecía el tallo de una rosa en capullo.

En un rincón, dos mujeres comentaban; una era mayor y por su boca hablaría la experiencia; la otra, joven, escuchaba. Hablarían de lo sucedido en la noche o de lo que pasaría en el duelo.

Ut no dejaba de pensar en ello, en el combate cuerpo a cuerpo o con armas de su hermano contra Fel. El jefe Taba no había tenido una brillante idea esta vez. Uno de los dos debía morir, pero ¿quién?

Bar era más fuerte, pero el hijo del supremo jefe del Luza era más ágil y conocía muchos trucos. Si vencía Fel, Mila se volvería loca o moriría junto a Bar. Oa, ciego de ira, sería capaz de matar al jefe, y en cuanto a él mismo, no sabía qué haría. Bar era su hermano mayor.

Por un momento pensó que Bar fuese el vencedor. Toda su tribu estaría feliz y el jefe del Luza no molestaría más a la gente de Taba. Sólo él, Ut el vago, lo sentiría. Fel era su amigo y Ut le quería de verdad.

Miró a las cumbres. Un águila trajo un trozo de noche prendido en sus alas y se lo enseñó al monte.

Ut subió lentamente a su templo azul por el camino del bosque. Le gustaba sentir el sol en la espalda. Miró a la estatua que se había quedado sola. Zil no había cambiado su expresión por la falta de su compañero y seguía mirando el valle con sus ojos asustados.

Llegó a su cueva y se sentó en una piedra de reflejos de luna. Ahora no podía hacer nada por evitar el duelo. Toda la tribu estaba contenta con el espectáculo que les brindaría la fuerza y el valor de dos guerreros de los mejores, y el jefe Luza no dejaría su venganza, que ahora veía segura en los brazos jóvenes de su hijo.

Comenzó a trabajar distraído en sus cazuelas de arcilla, pero sus pensamientos volvían a lo mismo. Si el combate era sin armas, Bar vencería; pero, con el hacha o la lanza, Fel era más rápido.

No podía poner atención en su trabajo y lo dejó en el suelo. Se asomó por la grieta. El sol intentó alegrar su cara.

Los guerreros de su tribu volvían de cazar. Iban cargados con los renos y bisontes que habían matado con sus arcos y dejaban una línea roja de sangre en las piedras del camino. Bar venía delante, con la mirada perdida entre la arena tostada y el corazón hundido en sus pensamientos.

Los hombres venían gritando fuerte y algunos daban gritos que retumbaban en todas las cavernas. Entre ellos venía Oa. Algo ocurría y Ut temió que fuese grave. Salió del templo y bajó a grandes zancadas hasta el bosque. Llegó al poblado cuando los cazadores doblaban por el pequeño torrente donde el agua saltaba junto a los niños.

Mila salió de la cueva y corrió al encuentro de Bar, que le cogió de la mano y siguió andando sin

hablar.

Oa estaba alborotado y gritaba como un lobo enfurecido; tenía los ojos como teas encendidas y se movía nervioso, echando hacia atrás su melena larga y negra.

Sí, algo había pasado, lo decía la cara roja y húmeda del hijo menor de Ur-Boa. Ut se acercó a él y los jóvenes que rodeaban a su hermano se alejaron al verle llegar.

-¿Qué ha ocurrido, Oa?

Oa estaba muy excitado.

-Ut, es formidable. ¿Ves este bisonte? Yo lo he cazado; ha sido un tiro fantástico, todos lo dicen.

Ut miró el bisonte que su hermano arrastraba con orgullo. Era un buen ejemplar, tal vez un jefe de manada. Tenía una flecha clavada detrás de una de las patas delanteras. Sí, era un gran tiro.

La sangre había formado un charco bajo los pies desnudos de Ut y se retiró un poco. Oa seguía hablando y sus manos se movían como si los nervios las hubiesen dejado libres de sus órdenes.

-Pronto ganaré unas armas y seré un gran guerrero como Bar.

Taba salió de su cueva y se acercó, aunque no demasiado, al ver a Ut. Alzó los ojos y dijo:

-Ur-Boa tuvo dos hijos, dos grandes guerreros, orgullo de su tribu y confianza de su jefe.

Los hombres, las mujeres y los niños habían formado un círculo alrededor de Oa, y Ut estaba en el centro. Todos le miraron, todos sabían que Ur-Boa había tenido tres hijos pero el jefe evitaba nombrar a Ut, deshonra de la familia.

El animal muerto y las palabras del jefe hacían que Ut no desease estar allí, y entre las risas de los guerreros se metió en su cueva.

Mila preparaba la cena y Bar estaba sentado junto al fuego; su cara tenía reflejada una rojiza preocupación. Ut se sentó cerca de él.

-¿Te pasa algo, Bar?

-Creí que estabas con Oa.

-Sí, pero él no me necesita; está muy feliz y eso aleja el peligro.

Bar hablaba casi sin entonación.

-Tiene motivos para estarlo. Hoy es un gran día para él.

-Y a ti, ¿qué te pasa?

-Nada, Ut; creo que estoy un poco cansado.

-¿Tú cansado?

Bar no contestó y Oa entró en ese momento. Venía gritando:

-Tengo un hambre de lobo.

Se sentó en el fuego y miró la cara de sus hermanos.

-Vaya, ¿qué os pasa a vosotros?

Nadie le respondió y Oa cogió un trozo de carne mientras decía con tono irónico:

-Me atrevo a adivinar lo que os ocurre.

Sus hermanos seguían callados. Oa señaló a Bar con el dedo manchado de grasa y dijo:

-Seguro que Ut te está metiendo la tristeza en el cuerpo con sus sermones sobre la venganza. No dejes que te convenza con su voz dulce y sus palabras hermosas; su cobardía se contagia.

Ut se levantó y se fue hacia la entrada de la caverna. Bar miró a su hermano menor y dijo:

-Oa, cállate y no vuelvas a hablar así de Ut.

Se levantó y alcanzó a Ut fuera, junto a la piedra que servía de banco en la entrada.

-Ut, ya le conoces y sabes de su genio.

Ut no dijo nada; miraba el templo sagrado, dorado y negro por el sol.

-Ut, ¿qué pasará en el duelo?

-Uno de los dos morirá.

Bar le miraba asombrado.

-¿Y no te importa?

-Sabes que sí.

Miró al suelo y como para sí murmuró:

-Será inevitable.

Ut se decidió por fin a saber cuál sería el sistema del duelo.

-¿Con qué arma será?

-Taba ha dicho que cuerpo a cuerpo, sin armas.

-Taba sabe lo que hace. Ganará.

Oa había salido. Ya no era un niño, aunque su voz era hueca y demasiado forzada para su edad.

-Y ese perro morirá por fin.

Bar hablaba muy bajo:

-Sí.

Ut se levantó para irse. Se volvió un poco y preguntó:

-¿Le matarás?

La voz desagradable de Oa se adelantó a su hermano.

-El duelo es a muerte, ¿no?

Y Ut se alejó por el camino del bosque.

23. Víspera del combate

Ut pasó aquellos dos días entre sus tallas de madera y sus paredes brillantes de luna. Estaba tranquilo. En su templo nadie entraba a molestarle con palabras hirientes como la punta de sus punzones.

Fuera, en el valle, seguían los preparativos para un duelo como no lo había habido desde hacía muchas generaciones.

En la plaza de las oraciones, antes de llegar a la entrada del templo sagrado donde Ut talló sus dos titanes, habían puesto una lanza larga y decorada de dibujos de sangre; en la punta seguía prisionera y triste la cabellera del león.

El corazón de Ut se agitaba como aquellos largos pelos amarillentos y deslucidos, condenados a ser el símbolo muerto de unos hombres vivos.

Habían subido piedras que servirían de asiento a los ancianos, que serían los jueces de la pelea. El círculo de arena estaba limpio, sin nada que pudiera hacer caer a los dos guerreros.

Al otro lado, los hombres de Taba habían puesto piedras cubiertas de piel para los ancianos y el jefe del Luza. Colocaron los tambores de troncos huecos y los de agua, pintados de rojo, y dos grandes vasijas de barro que Ut había regalado al jefe para llenarlas de grasa y mantener el fuego vivo y atento.

Todo estaba preparado. Mañana llegarían los hombres del Luza. Ya estarían de camino.

A veces, por las grietas de su cueva de cristal de sueño, veía a sus hermanos que iban a cazar con sus fuertes arcos y sus lanzas que derramaban la historia a su paso. Y volvían de noche con la carne y la paz.

Sólo Bar seguía mirando la arena como si quisiese contarla y algunas veces levantaba la cabeza y miraba el templo. Ut comprendía lo que sentía, pero Bar no diría nada: era demasiado orgulloso, como Ur-Boa.

Taba había ido a dar su aprobación a los trabajos de la plaza. Su mirada había recorrido el valle y su cabeza se movía, afirmando, como las antenas de las hormigas.

Desde las grietas, Ut miró el lago. En el lado del Luza se veían las luces que anunciaban la presencia de los guerreros. Por la mañana cruzarían el agua en sus canoas y todo comenzaría.

La luna salió de entre las colinas y miró a Ut con pena. Las estrellas se metieron por las grietas para hacerle compañía y Ut intentó dormir.

Las sombras de las jarras se alargaban hasta la luna, que las ennoblecía, convirtiendo su arcilla basta y sucia en plata brillante como el agua de la catarata de los niños.

No había encendido el fuego. No hacía casi frío y las luces de plata le tranquilizaban.

Le costó mucho, pero la luna siempre gana y Ut se durmió.

24. Lucha a muerte

La mañana nació feliz y miró al valle. Ut ya se había levantado y estaba en la entrada del templo para ver llegar al jefe del Luza y sus guerreros.

El jefe llevaba sus mejores ropas y su lanza del poder. Se acercó a Taba, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

-El jefe del Luza y sus valientes guerreros han cumplido su palabra. Mi hijo Fel está dispuesto para el duelo.

Taba le miraba con sus ojos de hiena.

-Nosotros hemos esperado aquí todo el tiempo.

Los jefes sostuvieron una larga mirada de reto y el del Luza, nervioso y con ansia de ver su venganza cumplida, dijo:

-Cuando queráis, empezamos.

Y todos subieron a la plaza.

Los jefes y los ancianos ocuparon su sitio en el círculo y los guerreros se colocaron alrededor; las mujeres y los jóvenes sin armas, detrás.

En un rincón, entre las mujeres, Ut descubrió a Mila, que lloraba, y junto a ella, pero erguido y violento, estaba Oa.

Ut bajó de la montaña y se escondió entre las rocas, detrás del jefe y de los ancianos del Luza.

Los tambores empezaban su redoble, continuado y monótono, para anunciar que el combate iba a comenzar. A una señal de Taba, Bar y Fel salieron al centro de la plaza de arena dorada de sol.

Fel estaba nervioso y buscaba con la mirada entre el círculo de gente. Sus ojos se cruzaron con los de Mila y sonrió. Bar estaba quieto, como la estatua del dios Zil.

Taba levantó la mano y la bajó rápido, y los tambores se desataron en su estruendoso repetir.

Bar se abalanzó contra Fel, que apenas pudo mantenerse en pie después del empujón del fuerte hijo de Ur-Boa. Los hombres de Taba gritaban y animaban a Bar.

El jefe del Luza tenía la cara seria; su hijo se defendía, pero no podía atacar. Su enemigo era más fuerte.

Mila miraba a la plaza en silencio, mientras las lágrimas rodaban por su cara como gotas de lluvia.

Los dos guerreros habían caído al suelo y seguían intentando dejar inmóvil a su enemigo.

Ut notaba que los dos luchaban sin ganas, sobre todo Fel, que seguía sin atacar.

Los guerreros se ponían de puntillas para ver mejor y los jefes se levantaron de sus piedras forradas de piel.

El hijo del jefe del Luza estaba tumbado en el suelo y tenía sangre en la cara; respiraba mal y no hizo nada por levantarse cuando Bar se incorporó.

La voz de Taba sonó sola y grave en el valle:

-Mátale, Bar.

Bar se limpiaba el sudor con la mano.

-No; todos han visto que he vencido, pero no lo mataré.

Mila corrió hacia Bar y le limpió la cara.

Todos callaban y en el silencio se escuchó la voz desentonada de Oa:

-El combate era a muerte. Fel debe morir.

Nadie le contestó y Oa salió del círculo con su cuchillo que brillaba a la mirada asustada del sol. Ut se adelantó y su mano de hierro le sujetó. Oa estaba rojo y sus ojos parecían que iban a reventar.

-Déjame, no me sujetes. Tú eres el culpable de la cobardía de Bar, tú le has convencido para que no mate a este maldito hijo de sapos.

El jefe del Luza dio un paso hacia delante y luego comprendió que no podía darse por ofendido por un niño rabioso. Su voz sonó irónica, imitando a Taba.

-En mi tribu, los niños no hablan con los guerreros si éstos no les dan permiso antes, y tú ya me has importunado dos veces.

Taba intervino:

-Oa callará. La vida de Fel pertenece a Bar y él podrá regalársela si quiere.

Bar ayudó al hijo del jefe a levantarse y después se alejó con Mila a lavarse a su caverna.

Ut se acercó a Fel, que hablaba con su padre.

-Él es más fuerte; sus manos son como las garras del león.

-El jefe no respondió y comenzó a reunir a su gente para volver a su poblado.

Fel se dio cuenta de la presencia de Ut.

-¿Por qué no te defendiste?

-No quería matar a Bar. Estos tres últimos días he estado pensando en Mila y en ti. Vosotros lo pagaríais. Si era yo el que moría, a nadie le importaría. Pero Bar es noble y generoso. Mi hermana será feliz.

-Tú, ¿qué harás ahora?

-Volveré a mi tribu y seré jefe. Mi padre está cansado, al menos eso me dijo cuando veníamos, aunque ahora, después de esto, tal vez haya cambiado de opinión.

El jefe del Luza se había acercado para buscar a su hijo.

-No he cambiado de opinión. Ahora estoy seguro de que serás un gran jefe. Todos los jueces y guerreros de la tribu se han dado cuenta de tu nobleza al dejarte vencer por el hermano del hombre a

quien debes la vida y que además es un famoso hechicero del poderoso dios Cao. Oa dice que fue él quien preparó en la cueva de los dioses al dios Cao para que cayera envuelto en llamas sobre nosotros y evitara así la guerra. Un hombre que toca a los dioses y éstos no se enfurecen, es un hechicero, más poderoso que los que ha habido hasta ahora.

Los guerreros que escuchaban cerca se separaron de Ut.

La voz de Taba se alzó entre todas:

-Ut, el hechicero de Cao, ha de ser como él, con el poder del mal.

El jefe Luza estaba deseando irse.

-Vamos, hijo.

Fel abrazó a Ut.

-Si quieres algo alguna vez, ya sabes dónde puedes encontrarme. En la tribu del Luza tendrás un amigo.

-Adiós, Fel, que el Dios que es aire y estrellas te proteja y te guíe.

-Me acordaré de ti.

El jefe, su hijo y sus ancianos y guerreros se alejaron por el camino del lago.

Ut volvió a la cueva. Los jóvenes volvían la cara para no cruzar sus ojos con los del hechicero de Cao.

Entró en la cueva y se acercó a Bar, que comía después de su victoria.

-Gracias.

Bar levantó la cabeza:

-¿Por qué?

-Por no matar a Fel.

-Cuando iba a hacerlo me acordé de ti y de lo que me habías dicho. La venganza sólo satisface al orgullo y el matar al hijo del jefe Luza no volvería a la vida a nuestro padre.

Ut se recostó en su rincón de pieles y dijo para sí:

-Ahora todo irá bien.

Toda la tribu pasó por la caverna de Bar para felicitarle por su victoria.

Oa estaba fuera de la caverna. No quería entrar mientras Ut estuviera en ella. Y Ut salió para que Oa entrara a dormir.

Fue por el camino del bosque de pinos hasta su templo de cristal. Todo estaba tranquilo, y la noche no le despreciaba.

En la caverna hacía calor y Ut sacó sus mantas a la entrada, donde el dios Zil seguía ajeno a la falta de su compañero.

Las estrellas volvieron con Ut, a soñar con algo muy distinto a lo que había en el valle.

Pero era un sueño.

25. Destierro de Ut

La noche, que durmió con Ut, le despertó al irse. No podía estar todo el día en la caverna sagrada y bajó al valle. Se prometió a sí mismo no dejar que Oa le viese y esperó a que los jóvenes salieran a cazar para pasearse entre los árboles agradecidos.

Mila le saludó con la mano desde la catarata del agua clara y Bar le sonrió desde la entrada de la cueva.

-¿Dónde te metiste anoche?

-Estuve en el templo.

-Pasa y come algo.

-No, Bar. Ya comí en la montaña.

Taba se acercaba con algunos de sus más expertos guerreros y se paró al verle.

-¿Qué haces aquí? Tu puesto está en la montaña sagrada.

Ut no respondió. Los hombres le miraban con cara desagradable. Taba dijo:

-Cuando la tarde aparezca por las montañas, te espero en la arena de las asambleas.

Y se alejaron.

Oa se alegró cuando supo que Taba quería hablar a su hermano. Seguramente le mandaría irse y él no tendría miedo nunca más.

Cuando el sol, lleno de pereza, se levantó hasta lo más alto, Ut fue hacia donde la tribu celebraba sus importantes reuniones. Los ancianos ya estaban sentados y los guerreros en sus sitios. Las mujeres hablaban de la mala suerte que tuvo la desgraciada madre de Ut. Taba dio por comenzada la asamblea.

-Nos reunimos hoy para tratar sobre algo que debimos decidir hace mucho tiempo.

Todos callaron pero asintieron con la cabeza; sabían a lo que se refería el jefe.

-Se trata de saber qué haremos con Ut, el desafortunado hijo de Ur-Boa.

Uno de los ancianos se levantó, apoyando las manos en la piedra para hacer más fuerza.

-Si es hechicero de Cao, no debemos matarle.

-Es verdad, pero sólo mal reportará a nuestra tribu el tenerle aquí.

Otro de los ancianos dijo en tono áspero.

-No sirve para cazar ni sabe hacer la guerra y a los guerreros que habla los embruja.

La voz de Taba apagó las demás al pronunciar la sentencia:

-Todos estamos de acuerdo. Mañana te irás de nuestro valle y no te veremos más. Eso es todo.

Bar intentó protestar, pero Ut le detuvo.

-Déjalo, Bar. Es mejor, que así sea.

Y la asamblea se deshizo satisfecha.

En la noche, Ut recogió sus cosas y se despidió de Bar y Mila. Oa no quería verle.

Y en el templo azul, se sintió muy triste. Era lo único que le dolía dejar: su templo, el valle verde y dorado, el bosque de pinos que le escuchó siempre en silencio y el asustado rostro de Zil.

Bajó despacio, saboreando su último paso por el bosque, que olía a fresco, y siguió por un camino desconocido, guiado por las estrellas y con la sonrisa de la luna.

La melena del león, amarilla y melancólica, le despidió con envidia.

Y todas las generaciones supieron de él, y las madres hablaron a sus hijos de un hombre abominable de gran poder.

El nombre se fue perdiendo en las sombras del tiempo y los niños, que se hacían hombres, temían al loco que veían en las montañas heladas, en las noches de luna.

La imaginación, cada vez más complicada, de los hombres de todos los países del mundo, le vio feo y enorme, porque sus estaturas habían ido quedando más pequeñas.

Los más arriesgados han buscado al abominable hombre de las nieves y sólo vieron sus huellas llenas de misterio. Sólo las estrellas, siempre jóvenes, y tan viejas, saben de Ut, a quien algunos llaman «Yeti».

Y la noche sonrió a Ut, el hijo de Ur-Boa, siempre, por toda su infinita eternidad.